

TT temas toledanos



14

las murallas y las puertas
de toledo

manuel carrero de dios

i.p.i.e.t.

diputacion prov. ♣ toledo

temas toledanos

director de la colección

Julio Porres Martín - Cleto

consejo de redacción

Jose María Calvo Cirujano, José Gómez-Menor Fuentes
Ricardo Izquierdo Benito y Ventura Leblic García

colaboradores

Rafael del Cerro Malagón, Fernando Martínez Gil e
Hilario Rodríguez de Gracia

dirección artística e ilustraciones

José Luis Ruz

Administración

I.P.I.E.T.
Diputación Provincial
Plza. de la Merced, 4. Telf. 22 52 00
TOLEDO

T. T. 14

Manuel Carrero de Dios

**LAS MURALLAS Y LAS PUERTAS
DE TOLEDO**

Publicaciones del I.P.I.E.T.

Serie VI. Temas Toledanos, 14

Cubierta: Puente de San Martín

Depósito Legal: TO - 1449. 1981

ISSN - 0211 - 4607

Impreso: Imp. Eborá, Marqués de Mirasol, 17.- Talavera - Toledo.

INSTITUTO PROVINCIAL DE INVESTIGACIONES
Y ESTUDIOS TOLEDANOS

Manuel Carrero de Dios

**LAS MURALLAS Y LAS PUERTAS
DE TOLEDO**

Toledo
Diputación Provincial
1981

HISTORIA

Cuando el hombre abandonó el nomadeo y se asentó en un lugar para vivir en él permanentemente, de lo primero que se preocupó fue de cubrirse, no solamente de las inclemencias del tiempo, sino de los ataques de los animales y de elementos de otras tribus que pudieran perturbar su existencia. La forma de protegerse de estos ataques del exterior, por ser intuitiva, no ha evolucionado en su esencia; aunque sí en el medio empleado para ello ya que, si se analiza, consiste en tener la seguridad de que, fuera de su campo visual, no le va a molestar nada ni nadie.

Para ello utilizó dos procedimientos, entonces seguros, que le proporcionó la naturaleza: dos accidentes del terreno. Un talud para guarecerse a sus pies, en el que pudo excavar sus cavernas, con lo que consiguió estar a cubierto tanto de las inclemencias del tiempo como de un ataque del exterior; o bien la parte superior de dicho talud o corte del terreno, normalmente inaccesible y a ser posible rodeado por una corriente de agua que hiciera más difícil la aproximación a dicho accidente natural.

Cualquiera de los dos sistemas tenía en común un frente más o menos despejado en el que pudieran evolucionar él y su ganado, establecer sus tierras de labor y poder prever con facilidad el ataque de cualquier elemento extraño a la tribu.

El segundo de los sistemas, por causas obvias, fue el más empleado y hasta nosotros han llegado ciudades y pueblos fortificados que reunían estas características, tales como Ronda (Málaga), Uruña (Valladolid), Avila, Segovia, etc., así como los asentamientos de la mayoría de los castillos: Montalbán y Escalona (Toledo), Coca (Segovia), La Mota en Medina del Campo (Valladolid), todos ellos flanqueados por grandes fosos naturales y enlazados al terreno por una lengua de tierra más o menos extensa, por donde estaba el acceso principal a la ciudad o fortaleza.

Toledo no podía ser menos, ya que en aquella época el sentido común y la autodefensa eran los que marcaban las normas que regían las diferentes normas de vida. Así, los primeros toledanos se asentaron a ambos lados del río, ya que cualquiera de ellos es bueno y reúne las condiciones antes expuestas,

principalmente en el cerro del Bu, Nuestra Señora de la Cabeza, San Servando, etc., predominando los emplazamientos de la margen izquierda, según se demuestra por los restos arqueológicos encontrados en dichas zonas y ello por varias razones entre las que cabe destacar:

—El acceso al cerro toledano, a nuestra ciudad en la actualidad, era muy difícil para personas y ganado.

—Dadas las características del terreno, apenas había pastos, ni tierra vegetal que les pudiera proporcionar sustento.

—Y, lo que era más importante, los riesgos, dado que aquellas poblaciones eran pacíficas, no compensaban los grandes y difíciles desplazamientos por terrenos tan inhóspitos, por lo que sus defensas eran sencillas y, como se ha visto antes, estaban supeditadas a la proximidad de los lugares que les podían servir para obtener alimentos para sí y sus ganados.

Cuando la Península Ibérica empezó a ser conquistada por tribus del exterior, comenzaron los problemas para aquellas pacíficas agrupaciones de pastores y pequeños labriegos, quienes, ante el acoso de los que venían a perturbar su paz y diezmar su hacienda, se vieron obligados a agruparse y a buscar lugares donde poder esconderse, guardar sus pertenencias y proteger sus vidas.

Entonces, aquellas defensas naturales tan sencillas y tan cómodas que al principio utilizaron, empezaron a no serles útiles, por lo que se trasladaron a zonas más agrestes, en las cuales, mejores conocedores del terreno y sus accesos, les era fácil mantener una defensa, rústica a todas luces y solamente utilizando armas empleadas para la caza, pero contando con la sorpresa, aliada de cualquier batalla, y con el terreno, impedir el acercamiento a su enemigo.

Estas razones motivaron que todas las tribus que rodeaban el cerro toledano y que estaban asentadas en la margen izquierda del río Tajo se refugiaran en él, con lo cual se formó el primer núcleo de población dentro de la hoz del río, población que a lo largo de los siglos fue cambiando de dominio hasta nuestros días.

Aunque no se han encontrado en Toledo vestigios de ello, no se descarta la posibilidad de que estos primeros pueblos aumentaran la eficacia de sus defensas naturales con otras artificiales y que erigieran rústicas murallas que los protegieran en los puntos más accesibles. Por la misma razón que las ciudades

cartaginesas e iberas que las tenían —aun se conservan las de Ullastret (Gerona), Sagunto (Valencia), Numancia (Soria), entre otras—, pudieron existir en nuestra ciudad, si bien corrieron a través de los siglos la misma suerte que las de civilizaciones más recientes.

Toledo, por su constitución topográfica que la sitúa en casi el mismo centro de la Península Ibérica, fue lugar muy codiciado por todos los pueblos que la conquistaron. El haber sido tomada casi siempre por la fuerza ha hecho imposible que se conserven vestigios de las defensas empleadas por aquellos primeros toledanos de nuestra prehistoria e incluso del comienzo de la historia.

Tal ha ocurrido principalmente con las murallas romanas, primer pueblo conquistador de Toledo que conocía el arte de la fortificación y que, maestro de obras públicas de todo tipo y envergadura, hubo de levantar a buen seguro uno de los cercos amurallados mejores entre los que ha contado nuestra ciudad, ya que, como se verá, no sólo se cuidó de la defensa de un enemigo exterior, sino de la de un pueblo al que había sometido, sabedor de que por su valentía y amor a su tierra, no sería fácil tener subyugado. Tan importante fue esta concepción de la defensa de la ciudad que fue mantenida por todos los que la poseyeron, hasta su conquista por Alfonso VI.

OROGRAFIA DEL CERRO TOLEDANO

El lector interesado en seguir la exposición de este trabajo, antes de continuar, ha de situarse en un cerro abrupto, pelado, sin población alguna, o al menos con un poblamiento que no afecta para nada al terreno en el que se asienta; un cerro de difícil acceso, con grandes pendientes a su alrededor, algunas casi verticales, que se precipitan al río que lo rodea.

A Toledo han comparado varios autores con Roma por ser ciudad formada por colinas, pero aunque algunos aseguran para parangonarla con tan famosa e histórica capital que también tiene siete como ella, la realidad es que tiene bastantes más.

Nada menos que doce alturas superiores a los 500 metros de altitud (téngase presente que el río Tajo en el puente de Alcántara tiene 450 m. y en el de San Martín 441 m.) se levantan en el cerro toledano, si bien hay tres que están muy próximas a dicha cota, como son: el callejón de Córdova con 515 m., el Seminario con 510 m. y el callejón de la Divisa con 509 m.

Si prescindimos de ellas, aún nos quedan nueve, todas por encima de los 530 m. de altura; altura ya de por sí respetable con respecto al resto de la meseta toledana, y más con respecto al río que la rodea, ya que, si bien destacan unas de otras perfectamente, están enlazadas por vaguadas como la que se forma entre el cerro del Alcázar y el callejón de los Usillos (en parte ocupada por la calle de las Tornerías), con una profundidad de cerca de veinte metros en alguno de sus puntos; o bien la cuesta de los Carmelitas, que a la altura del Cristo de la Luz tiene un desnivel con dicho callejón de 30 m. Tales depresiones hacen la orografía del terreno un tanto escabrosa.

En el interior de esta meseta de altitud superior a los 500 m., hay otra situada casi en su centro, que comprende tres alturas importantes. Esta zona dominante de Toledo está formada por la curva de nivel de los 530 m. y tomando como referencia el Toledo actual, estaría delimitada más o menos por las siguientes calles: Instituto, Algibes, plaza y calle de Padilla, San Clemente, callejón del Gordo, plaza de Marrón, Trinidad, Orate, plaza de los Postes, San Ginés, Lechuga, Santa Justa, Clérigos Menores, San Vicente y Santa Clara, para terminar de nuevo en la calle del Instituto.

En esta meseta están situadas tres de las alturas mayores del



- MURALLA ROMANA (trazado teórico)
- MURALLA ROMANA (trazado topográfico)
- MURALLA VISIGODA
- - - MURALLA ARABE

cerro: callejón del Instituto y callejón de los Usillos con 538 m., y San Román con 543 m., la segunda altura del cerro toledano.

Flanqueando a éste tenemos, por un lado, a otra mas pequeña que se puede considerar asentada en la cota de los 500 m. y que casi la rodea en una zona comprendida entre el Sur y el Este de la misma. Dicha zona forma en realidad las amplias estribaciones del conjunto estudiado anteriormente, aunque, en cuanto a alturas dominantes se refiere, tiene entidad propia, ya que en ella están situadas tres de las colinas toledanas a que antes nos referíamos: San Cristóbal, con 530 m., Cerro de la Virgen de Gracia con 531 m. y callejón de Esquivias con 536 m. de altura.

Al Este de la meseta de San Román y completamente aislado de ella por dos importantes vaguadas que desembocan en el río y a las que antes nos referimos de pasada, tenemos por otro lado un tercer cerro alargado y más estrecho, que discurre en sentido Norte-Sur.

El aislamiento natural que ofrecía el terreno de este cerro es muy valioso desde el punto de vista defensivo, característica que, como luego veremos, no pasó desapercibida a sus primeros conquistadores.

Por el Norte, Sur y Este, está rodeada por el río Tajo, con desniveles que, sin llegar a sus cotas más altas, alcanzan los 50 m. casi en vertical; tal es la zona comprendida entre la Torre del Hierro y el Miradero. Por el Este le separan de las dos mesetas antes descritas dos profundas vaguadas: una, la formada por lo que hoy es la calle de Tornerías y la Bajada del Barco en dirección Sur, y otra, por la cuesta de los Carmelitas, Cristo de la Luz y Azacanes en dirección Norte.

Esta meseta toledana tiene tres alturas importantes: al Norte, el punto donde está situado el centro de la calle de la Sillería con 530 m., al Sur la cuesta del Can, con 531 m., y, entre ambos, la cota dominante de todo el cerro toledano: el cerro del Alcázar, con 548 m. sobre el nivel del mar y 98 m. sobre el río Tajo a su paso por el próximo puente de Alcántara.

Como se ve, efectivamente, Toledo es una ciudad de colinas y en esto supera ampliamente a Roma, nada menos que en tres, aún si no consideramos las que en un principio hemos eliminado.

Para no olvidar a los autores que le quitan importancia a este hecho, dándosela a la Ciudad Eterna, estos consideran como tales

únicamente a las dos más altas, o sea el Alcázar y San Román; pero si estudiamos el plano topográfico de Toledo, nos encontramos con que entre todas las antes estudiadas, hay desniveles que más o menos las aíslan entre sí; luego son colinas aisladas, por cuyo motivo se puede decir con toda certeza que Toledo es una ciudad de doce colinas, nueve importantes y tres menores.

Una vez estudiado el cerro toledano en planta, pasemos a hacerlo con sus accesos.

De los 360 grados de la circunferencia que rodea al cerro, unos 240 grados de la misma están formados por el río Tajo, encajonado entre paredes a ambos márgenes, que alcanzan en ciertas zonas pendientes de casi el 100 por cien, con alturas de hasta 50 m. Así, excepto por las dos vaguadas que desembocan en el río al sur del cerro, la Bajada del Barco y Santa Ursula-Cristo de la Parra, es casi imposible su acceso desde el Tajo.

El resto, o sea, la zona comprendida al Norte entre el puente de Alcántara y el de San Martín, ofrece mayores posibilidades. Por el Noroeste y a la altura de la basílica de Santa Leocadia, se va suavizando el terreno, desde los 441 m. que tiene el río en dicho puente hasta los 470 m. en que las pendientes vuelven a ser fuertes con un valor del 50 por ciento hasta alcanzar la cota de los 500 m. donde situamos la meseta.

Esta característica se conserva de Oeste a Norte, hasta alcanzar la zona de las proximidades de la Puerta de Visagra, en la que tenemos una pendiente de un 15 por ciento para inmediatamente, y siguiendo en dirección al puente de Alcántara, volver a encontrar los grandes desniveles, por lo que, después de intentar acceder al cerro por toda su periferia, nos encontramos con que únicamente tiene un punto de fácil acceso: la zona de la Puerta de Visagra.

Es fácil pues, deducir el camino que siguieron los primeros pobladores de la zona para protegerse de los ataques de los conquistadores: bordearon el río, lo vadearon por el único sitio posible, el vado de la Huerta del Rey y Safont, donde el Tajo se ensanchaba bastante más que ahora y, subiendo por lo que hoy es la Antequeruela, alcanzaron las lomas del cerro.

Ahora bien, ¿qué lomas? Por lógica, las situadas al Oeste, o sea, la zona comprendida entre el Cristo de la Luz y el Tránsito, ya que era la más amplia y más llana sin dejar de tener buenos accidentes naturales donde guarecerse, y otros desde donde.

montar sus observatorios. Por ello, la primera parte ocupada del cerro se puede situar en la meseta primeramente estudiada, (las colinas del callejón de los Usillos, Instituto y Virgen de Gracia, donde se han descubierto restos arqueológicos) y sus aledaños.

Una vez situados y organizados como un núcleo urbano, tenían una salida fácil y relativamente cómoda hacia la Vega, por donde se encuentra el actual paseo de Merchán que, como ya hemos visto, es el acceso más “suave” al cerro toledano con ¡sólo un 15 por ciento de pendiente!

Desde que esto ocurrió, hasta la toma de Toledo por el Imperio Romano, fue creciendo la ciudad, se fue consolidando como núcleo urbano y posiblemente fortificando ligeramente, sobre todo la zona Norte de la misma, ya que era la única que podía permitir el acceso de un presunto enemigo.

No vamos a entrar a describir los pueblos que contribuyeron a llevar a cabo esta evolución; en cualquier tratado de historia y, por supuesto, en todos los de Toledo, se encontrarán datos abundantes y fidedignos sobre este particular, por lo que centraremos nuestra atención en las fortificaciones de la misma.

Para fortificar un lugar hay que contar con dos factores: el trazado del terreno y el perfil que el mismo presenta, amoldando las construcciones a ambos elementos. Del trazado se aprovechan los accidentes naturales del terreno con objeto de obtener la máxima eficacia, situando lo que en el arte de fortificar se llama “la cresta militar”, que depende de la suavidad del terreno, lo más próxima posible al talud, o sea, a la zona de máxima pendiente, para así tener batido éste desde las fortificaciones, sin permitir acercarse al enemigo ni tener que abandonarlas para batir una zona al mismo nivel que las mismas.

El trazado ideal para fortificar Toledo es la cota de los 500 m., ya que ésta rodea a toda la ciudad, no dejando ninguna altura superior fuera de ella desde donde se pueda batir el interior de la fortaleza, y termina en un talud natural, principalmente en el frente Norte, fácil de defender desde la muralla que se situará a lo largo de ella.

Pasando ya de la teoría a la práctica veamos qué hicieron y cómo lo hicieron los primeros conquistadores, que fortificaron la ciudad con edificaciones de cierta entidad que, aun sin conservarse sus restos, se supone que fueron unas de las más sólidas que tuvo Toledo.

LAS MURALLAS DE TOLEDO

La Muralla Romana

Una vez conquistada la Península Ibérica por el Imperio Romano tras de varios años de lucha y pacificada su población, empezó el florecimiento de dicho Imperio en nuestra Patria, y sobre todo en lo que a construcciones civiles, obras públicas y fortificaciones se refiere, para cuyos menesteres emplearon a sus tropas, abonándolas un salario e incluso cediéndolas parte de las tierras conquistadas para su aprovechamiento.

Con objeto de poder enlazar las distintas poblaciones de la nueva colonia, así como para transportar los productos que en ella se obtenían y las tropas de sus ejércitos, dedicaron principal atención a las vías de comunicación. Trazaron así las calzadas romanas aprovechando en parte viejos caminos ya existentes, hasta el punto de que el trazado de dichas calzadas en Hispania llegó a alcanzar una longitud algo mayor de los diez mil kilómetros.

Toledo estaba situada en el recorrido de una de dichas vías de comunicación: la que unía a la entonces Cesaraugusta (hoy Zaragoza) con Emérita, la actual ciudad de Mérida. Nuestra ciudad, además, estaba situada en el centro de la Península y casi en el centro del trazado de dicha importante vía de comunicación, amén de ser el punto por donde se ofrecían mejores posibilidades de atravesar el río Tajo. Todas estas circunstancias determinaron que se centrara el interés del Imperio sobre la ciudad, que, si bien en un principio no tenía gran importancia, estas características convirtieron en punto neurálgico.

Como primera providencia, construyeron un puente para el paso de la calzada y le dotaron de unas defensas dignas de tal elemento viario. Por su situación estratégica, Toledo, aunque dependiendo de Cartagena, cabeza de la provincia Cartaginense, fue la capital de la zona llamada Carpetania, llegándose incluso a acuñar moneda en ella. Como tal capital, fue dotada de otros elementos de confort y esparcimiento. Así se hizo una importante traída de aguas desde la presa de Alcantarilla en el término de Mazarambroz, construyéndose también un acueducto para abastecer la ciudad a través del río; un amplio circo cuyas ruinas aún se conservan y un anfiteatro, del cual subsisten restos en el actual barrio de las Covachuelas.



ANTIGUA VISTA INTERIOR DE LA PUERTA DE BISAGRA. (Foto de Aiguacil. Arch. Municipal de Toledo)

La fortaleza que protegía el puente y albergaba a las tropas romanas que guarnecían la ciudad, preservándolas de las acciones no sólo del exterior de la misma, sino de las procedentes de su interior, estaba emplazada en la zona más prominente del cerro toledano, en la meseta situada al Este del mismo, estudiada anteriormente y limitada por dicho punto por el río Tajo y por el Oeste por una vaguada profunda que forma, de un lado, la calle de las Tornerías y la bajada del Barco y, de otro, la cuesta de los Carmelitas y la calle del Cristo de la Luz.

En la zona más alta de la fortaleza, o sea, en el cerro del Alcázar, edificaron los acuartelamientos de la tropa y todos los elementos de defensa de la ciudadela. De la misma manera, y por ser uno de los avituallamientos más importantes para una ciudad, la traída de aguas a la misma terminaba en dicho cerro, desde donde se distribuía al interior. Para delimitarla y defender esta ciudadela o fortaleza, edificaron una muralla que, partiendo de donde se encuentra el torreón S.O. del actual Alcázar, corría a lo largo de la cuesta del Alcázar, Zocodover, en la acera donde está situado el Arco de la Sangre, hasta la calle de las Armas en su esquina con el actual Miradero, donde existió un torreón cuyos restos se descubrieron y volvieron a tapar al hacer unas obras en dicha zona.

En dirección Este y partiendo de nuevo del torreón S.E. del Alcázar, bajaba otro muro hasta el río en las proximidades del puente de Alcántara, donde continuaba paralela a la calzada romana. Esta discurría por lo que hoy es la calle de Gerardo Lobo hasta enlazar con el torreón final de la calle de las Armas, formando un cuadrilátero defensivo bastante sólido.

Sobre el origen romano de esta muralla no cabe la menor duda, pues quizá sea la zona toledana donde más vestigios nos quedan de dicho pueblo. En las excavaciones efectuadas para reconstruir los edificios destruidos en Zocodover durante la guerra civil española, aparecieron restos de la muralla que por allí discurría y, entre ellos, se encontraron vestigios de las tres civilizaciones que contribuyeron a la fortificación de la ciudad, siendo la base y gran parte de dichos restos los de época romana, bien situados con la técnica de dicho pueblo o reutilizados por los que le sucedieron. En dicha excavación se pudo constatar la anchura de la misma, teniendo un espesor en dicha zona de 2,60 m.

En el resto de la meseta estaba situado el pretorio, separado de la zona militar por una franja de terreno que, partiendo de la muralla, bajaba al puente, por donde hoy discurre la calle de Cervantes. El acceso a la zona que daba servicio a dicho pretorio bien pudiera estar situado en los arcos romanos que sustentan la meseta donde se asienta el actual museo de Santa Cruz.

El fortín que nos ocupa, al parecer, tuvo varias puertas. Una de ellas comunicaba con la ciudad, donde está hoy la de la Sangre; otra, la de Perpiñán, de situación imprecisa, daba acceso a la calzada romana y se supone en buena lógica que hubiera una directa para comunicarse con el puente donde está situada la actual puerta de Alcántara.

El desnivel existente entre el paso de ronda de la muralla a su paso por Zocodover (hoy calle de Santa Fe) y dicha plaza, o sea, la ciudad de la que se protegía, pero con la que al mismo tiempo tenía que convivir, se estima según la topografía del cerro en unos 5 m. De ahí que no permitiera el paso de carruajes por dicha puerta y que se tuviese que abrir un portillo en la zona que quedaba a nivel con dicho paso de ronda, o sea, en la travesía de Santa Fe. El que existiera dicho portillo en aquella época es muy probable y, aunque se sabe fue abierto uno posteriormente, no hay razón para no atribuir la idea a los romanos, ya que utilizaban vehículos con gran profusión y de alguna manera se tuvieron que valer para poder acceder a la ciudad con ellos.

Lo hasta aquí expuesto es lo que se conoce de esta ciudadela durante la dominación romana. No obstante, sus fortificaciones en Toledo no pararon ahí, sino que, como es natural, abarcaron al resto de la ciudad. Mucho se ha escrito sobre el cinturón de murallas romano, pese a lo cual ningún autor de los que hasta hoy han tocado el tema, está de acuerdo en señalar cual fue su trazado. De la misma manera que todos coinciden en aseverar que la ciudadela antes estudiada existió y además tal y como se ha descrito, no hay acuerdo en cuanto al trazado de dichas murallas, entre otras causas porque todas las teorías se basan en conjeturas más o menos verosímiles.

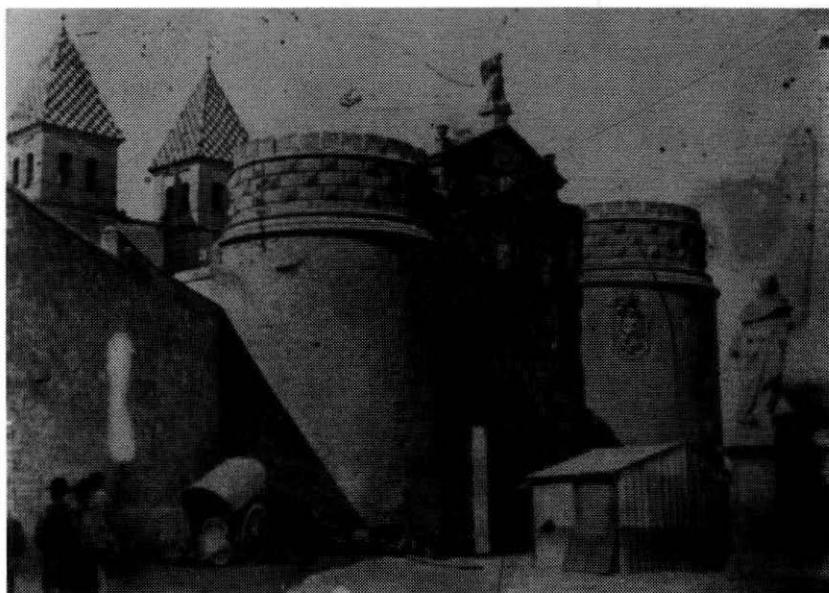
Para estudiar estas opiniones dividamos la teoría existentes en dos grupos: el trazado teórico y trazado topográfico. Por el primero se inclinan, por citar a los más importantes, el Doctor Pisa y D. Sixto Ramón Parro y por el segundo D. Pedro Román, gran estudioso de este tema y Rey Pastor.

Trazado Teórico.— Una vez elegido el terreno por el cual debe discurrir una muralla y al efectuar el trazado de la misma, se ha de procurar que sus muros presenten la mayor longitud posible en línea recta, con objeto de evitar las zonas muertas que no puedan ser batidas desde lo alto de los mismos. Por otro lado, en la parte interior del recinto y en toda su longitud, se ha de dejar un espacio libre, llamado camino de ronda, por donde puedan evolucionar las tropas que lo defienden en orden a atender con prontitud a los diferentes puntos donde sus servicios sean necesarios. A partir de este camino de ronda, se levantan los edificios que constituyen la ciudad.

Toda edificación de este tipo debe dejar marcada en la ciudad donde se erige una impronta que, rompiendo las características internas del casco urbano, la sitúe de alguna manera, aunque con el paso del tiempo haya desaparecido. El casco urbano de Toledo, como toda ciudad árabe, es irregular, está lleno de callejones retorcidos, algunos sin salida, los clásicos adarves árabes que facilitaban la defensa de sus habitantes, y la mayor parte de ellos son sumamente estrechos y, dada la topografía del terreno, muy empinados. Pues bien, pese a todo, Toledo tiene una serie de calles que rompen, con su relativo trazado rectilíneo, esta característica de la ciudad árabe, rectas que pudieran ser la impronta dejada en la ciudad por el trazado de alguna muralla.

Quizá basándose en estos detalles, ya que no se dan otras razones que avalen esta teoría y puesto que estas calles a que nos referimos forman en cierta manera un recinto, es por lo que los autores que se inclinan por el trazado teórico sitúan la muralla romana a lo largo de las mismas, tomándolas más o menos como el camino de ronda de dicha muralla. Al describirlas se ha de tener en cuenta la época a que nos remontamos y las variaciones tanto en edificios como en la distribución de sus calles que la ciudad ha tenido.

Tomando como punto de partida la esquina de la calle de las Armas con el Miradero, continúa por la misma hasta la de Núñez de Arce; en el lugar donde estuvo la Casa de la Moneda, gira hasta alcanzar la calle de Alfileritos discurriendo por su acera derecha, por lo que la calzada de esta calle pudo ser el camino de ronda de la muralla; continuando por la plaza de San Vicente, calle de las Tendillas, travesía de San Ildefonso, Santo Domingo el Antiguo,



PUERTA DE BISAGRA A PRIMEROS DE SIGLO. (Foto de Casiano Alguacil. Arch. Municipal de Toledo)

plaza de Padilla a la plaza de Valdecaleros, Santo Tomé, Trinidad, plaza de las Verduras, para más o menos por la calle del Coliseo y cuesta de los Pascuales ir a parar a la plazuela del Seco y desde allí ascender al torreón Sur Oeste del Alcázar.

Como se ve, hay en este trazado muchas líneas más o menos rectas que pueden apoyar esta teoría: así tenemos la parte de la calle de las Armas hasta Núñez de Arce, Alfileritos hasta las Tendillas, esta calle y la travería de San Ildefonso hasta la plaza de Santo Domingo el Antiguo, la calle de Santo Tomé, la de la Trinidad hasta la plaza de las Verduras, pasando por el solar que ocupa el Palacio Arzobispal y el claustro de la Catedral. Según este trazado, la ciudad debió ser muy pequeña, ya que este recinto, sin contar la ciudadela, ocupaba apenas unos 6 Km²., los cuales no podían albergar a tantos habitantes como se dice tenía. El recinto estaba asentado en una altitud media de unos 525 m., discurriendo la mayor parte de él por la cota de los 520, salvo en los puntos donde se aproxima a la ciudadela por el Alcázar y a su paso por el Instituto y plaza de Padilla.

Trazado Topográfico.— Si al trazado anterior le hemos llamado teórico, es porque además de no haber vestigios reales de él, no se concibe que los romanos, maestros en obras públicas y veteranos en el arte de guerrear, levantarán una muralla tan poco ortodoxa desde el punto de vista defensivo. La única posibilidad de defender Toledo correctamente, ateniéndonos a su topografía, es situar la cresta militar de su muralla al menos en la cara Norte del cerro, de la cota de los 500 m. hacia abajo. Indicios que luego estudiaremos, nos aseguran que en lo que afecta a dicha zona, la muralla discurría por el siguiente itinerario:

Desde la ciudadela, en la esquina calle de las Armas-Miradero, bajada por dicha calle, hasta la de Carretas, seguía por la de Granada, Diputación y Nuncio. Una vez allí se pierde todo vestigio real; pero si se sigue la idea inicial de situarla en dicha cota, lo lógico es que la siguiera y entonces tocaría más o menos los siguientes puntos: desde el Nuncio, ascendería a los 510 y 520 m. al final de la calle del Colegio de Doncellas, para desde allí bordear el cerro de la Virgen de Gracia. Continuaría por Santo Tomé, Palacio de Fuensalida, San Cristóbal, desde donde bajaría de nuevo a los 500 m. por el Cristo de la Parra, travesía del Pozo Amargo, San Justo y, sin dejar dicha cota, circundaría el cerro de la Divisa y el de la cuesta del Can, par terminar en la ciudadela.

Este trazado tiene una cresta militar uniforme en todo su recorrido, dejando en su interior todas las alturas dominantes del cerro toledano.

Trazado Real.— Establecer cual fue el trazado real de la muralla romana después de más de 20 siglos, es sin duda una aventura que encierra sus riesgos; mas no hay aventura que no los lleve aparejados y, siempre que se emprende, es con la ilusión de apuntar alguna idea que pueda ser útil o que pueda dar pie a continuar en dicho trabajo.

Al tratar de los dos trazados hemos manejado datos teóricos y datos reales, los cuales, antes de sentar una tesis, vamos a analizar. Fuera de la ciudadela, donde más restos romanos existen es en un punto alejado del trazado teórico. Gracias a la intuición y al espíritu de investigación que tuvo el ilustre académico D. Pedro Román, para quien cualquier acontecimiento arqueológico que pudiera ocurrir en Toledo no pasaba desapercibido, los que hemos venido tras él poseemos datos para poder afirmar sin duda alguna

cuestiones que, sin la dedicación que tuvo a su ciudad y especialmente al tema de sus defensas, no sería posible.

Así, en 1923 y con motivo de unas obras de reparación de un muro del paño de muralla que corre al pie de la calle de Carretas, aparecieron sillares romanos “algo desfigurados por posteriores revocos”, según manifiesta. En el año 1925, en las obras de reparación de un muro en el callejón de Buenavista, en el trozo de muralla allí existente, por encima de la Puerta del Sol, también encontró restos romanos y posteriormente, en el año 1932 y con motivo de las obras de reparación de una cloaca bajo la Puerta de Balmardon, apareció así mismo la alcantarilla romana que hoy podemos contemplar.

Estos restos no tendrían razón de ser si la muralla pasara por la calle de Alfileritos, pues bien está que se preocuparan los romanos de dotar a la ciudad de todo tipo de obras, pero de ahí a contruir fuera de ella un muro en un lugar que, dada su pendiente, no tenía utilidad alguna y que podría entorpecer la defensa de la muralla, no parece lógico.

La alcantarilla encontrada al pie de la Puerta del Cristo de la Luz, que vertía los restos de la ciudad, no muy lejos de ella, parece natural, si consideramos la proximidad de la muralla a dicha alcantarilla. Pero si la situamos a 150 m. de la misma, resultan excesivas las precauciones higiénicas para alejar los detritus que condujera, pese a los refinamientos a que estaban acostumbrados los romanos. Por otro lado, situar un túnel de casi un metro de alto que va a parar al interior de la ciudad, con una salida fuera del alcance de las armas empleadas en aquella época, se sale del margen de todas las normas estratégicas de antes y de ahora y los romanos no solían cometer tales errores según nos ha demostrado la historia. Eran escrupulosos en todos los temas relativos a la guerra, hasta el punto de que muchos postulados de la estrategia militar actual se basan en el estudio de las formaciones de las batallas libradas por sus legiones, que no en vano conquistaron media Europa.

El trazado topográfico de la hipótesis que hemos dado en llamar teórica deja a su vez mucho que desear. Bien es verdad que discurre por lugares que, dado su trazado, pudieran ser caminos de ronda de la muralla, pero, sin embargo, la misma, con dicha situación, tendría muy mermada su eficacia, ya que deja fuera de

su trazado los siguientes puntos superiores en altura a la cresta militar:

—Cerro de la Virgen de Gracia, con 531 m., sobre 530 de la muralla en sus proximidades, a 180 m. de la misma.

—Callejón de Esquivias en la cota 536 m., a 60 m. de la muralla situada en la cota 530 m.

—Cuesta del Can, con 531, a 180 m. de distancia.

—Cerro del callejón del Instituto, con 538 m. de altura a solo 30 m. del recinto con una altura por este punto de 530 m.

Por otro lado, en la zona Norte de muralla que es por donde con más facilidad se pueden esperar los ataques a la ciudad, queda una franja de terreno de 120 a 200 m. de anchura, con una pendiente relativamente pequeña, capaz de albergar todo un ejército al pie mismo de la muralla.

El trazado topográfico tiene las siguientes ventajas: en su zona Norte, está situado en la cota de los 500 m., justo en la falda del cerro donde las pendientes no permiten asentar tropas; además, le ayuda en su defensa un espacio de terreno con desniveles de más del 50 por ciento. En el supuesto de que la parte que circunda al río estuviera fortificada, lo cual es una mera hipótesis (ya que por dicha zona la penetración sería muy difícil), encerraría dentro de su recinto, siguiendo más o menos la cota inicial, a todas las alturas prominentes del cerro, incluso las que, próximas a los quinientos metros, están por encima de ella.

Esto es lo lógico en un pueblo que sabía fortificar y, unido a los escasos pero tangibles descubrimientos de restos romanos hallados a la altura de dicha cota, llevan a la conclusión de que la muralla romana de Toledo fue trazada siguiendo este itinerario, destruyendo, por otro lado, la idea de un trazado más reducido sobre el que no se dan datos de ninguna clase.

La Muralla Visigoda

Después de casi siete siglos de dominación romana, Europa fue invadida por diferentes tribus bárbaras. En Hispania, tras el paso de varias de ellas, se asentaron los visigodos, cuyo rey, concretamente Eurico, entre los años 460 y 480, conquistó la Península, fijando su atención en Toledo, ciudad que ya en época romana gozaba de hegemonía suficiente sobre otras ciudades hispanas.

Para el tema que nos ocupa, fue durante el reinado del rey Wamba, tras de varias luchas para conseguir la paz, cuando se ocupó este pueblo de amurallar la ciudad, creando el “segundo cinturón” amurallado de la misma.

La realidad parece ser, y se desprende del estudio de la muralla romana, que los visigodos se encontraron con unas buenas fortificaciones bien situadas, las cuales, si no por la calidad de la construcción pero sí por el paso de los siglos y de los avatares que debieron sufrir durante las incontables luchas en las que fueron primeros participantes, debieron estar en mal estado de conservación perdiendo su eficacia como tales elementos defensivos. Por otro lado, la ciudad había evolucionado, se habían creado nuevas instituciones, era sede legislativa de la Iglesia Católica —ya en tiempo de los romanos se celebraron dos concilios—, y necesitaban, en fin, otros servicios, que hicieron necesarias obras en las murallas para actualizarlas con arreglo a la época.

De esta tarea se ocupó, como decimos, el rey Wamba, quien, más que levantar la muralla que hoy conocemos como visigoda, lo que hizo fue reparar la romana, abrir puertas y adecuarla a las necesidades bélicas de su tiempo, ampliándola en aquellos puntos por donde la ciudad había crecido durante los siglos de dominación romana y principios de la visigoda.

Poco vamos a añadir, pues, al trazado romano llamado topográfico, sobre todo en su cara Norte. Los restos de muralla que han llegado a nosotros son visigodos, tales como el muro Azor y toda la zona comprendida entre éste y el Nuncio.

Wamba, al mejorar la construcción del trazado, mandó levantar, según afirman varios autores, hasta 150 torres que facilitaban su defensa, diciéndose que una de ellas fue la actual de los Abades y del Hierro, aunque su obra sea claramente árabe. No se sabe exactamente si adosados a las murallas se habían levantado edificios; es probable que no fuera así y que existiera un camino de ronda a lo largo de ella. Lo que sí es cierto es que para facilitar el movimiento de las tropas había varios callejones perpendiculares a la misma, hoy sin salida, por los cuales se hacían los avituallamientos, así como la aproximación y retirada de fuerzas. De estos callejones nos quedan aún hoy, aunque absorbidos por los edificios que los flanquean, varios de ellos, tales como el del Justo

Juez, Azor, etc. Dada la situación de los mismos, deben de datar de época visigoda y no de la árabe, ya que por esa zona del frente Norte, la muralla árabe discurre separada de ella y por una cota más baja.

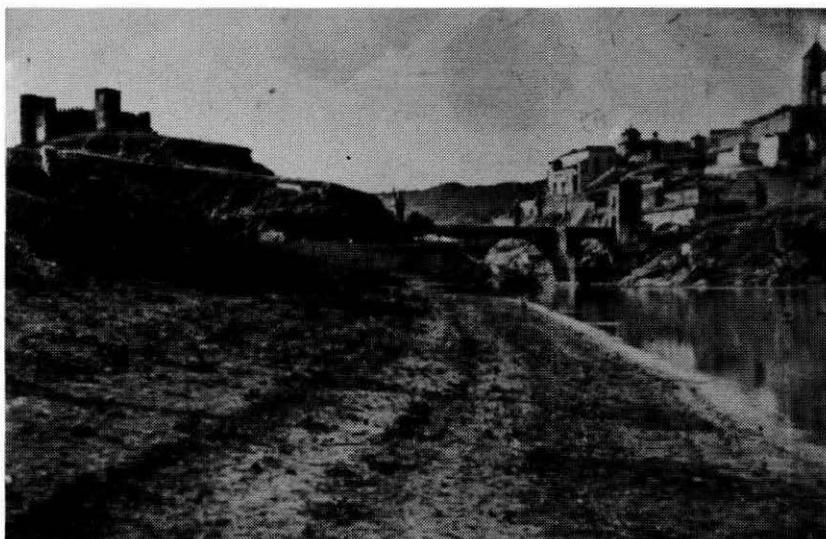
Al mismo tiempo que reforzaron los muros toledanos, los visigodos los ampliaron continuando por el Cambrón, hasta alcanzar el río a la altura del Baño de la Cava. Desde allí, dado que el terreno es muy accidentado, no creemos que tuviera gran entidad; únicamente reforzarían la zona del actual Tránsito, cuya topografía era completamente diferente a como hoy la conocemos, ya que existió una vaguada que entraba hasta casi la plaza de los Alamillos; la de San Sebastián y la del Hierro, desde donde subiría a la ciudadela.

Esta a medida que aumentaba la importancia de la ciudad, aumentaba sus servicios para dotar a la corte en ella establecida: así tenemos que se construyó el palacio en el cual nacieron varios reyes godos. De entre los diferentes nombres que de este palacio han llegado hasta nosotros, figura el de Galiana. Sobre este nombre hay mucha leyenda, e incluso hoy, basándose en una de ellas, se llama palacio de Galiana al palacete, antigua casa de campo árabe, situada en la Huerta del Rey, detrás de la estación de ferrocarril.

Lo más probable es que tal nombre proceda de la época que nos ocupa, ya que está orientado hacia las Galias. No en vano fue Toulouse capital de la Galia Narbonense y, por tanto, parte del entonces imperio visigodo antes de asentarse éste en Toledo, extraoficialmente en tiempos de Atanagildo (554-568) y oficialmente durante el reinado de Leovigildo (573-586).

En dicho recinto se construyó la basílica de Nuestra Señora de Alficén, probable catedral mozárabe, cuyo nombre, como luego veremos, no es visigodo; y en la zona del Alcázar, concretamente en los sótanos, se dice que estuvo situada la cárcel real, en cuyos calabozos es tradición no comprobada que sufrió prisión y martirio la patrona de nuestra ciudad Santa Leocadia, a quien el rey Wamba tuvo muy en cuenta al encomendar el ciudado del recinto toledano.

Como se ve, los visigodos, contra la creencia general, más que construir consolidaron y mejoraron lo construido por los romanos, aunque, al perderse la casi totalidad de la obra de este pueblo, la paternidad del trazado de las murallas se le atribuya a los



CASTILLO DE SAN SERVANDO, CABEZA DE PUENTE DEL PRIMITIVO ACCESO A TOLEDO (Foto Alguacil. Arch. Municipal de Toledo)

visigodos, siendo, sin más, unos inteligentes conservadores de una obra bien concebida y mejor hecha.

La Muralla Árabe

Sin entrar en las evoluciones históricas que motivaron la caída del dominio visigodo y el asentamiento del Islamismo en España (lo que correspondería a un tratado de historia), situémonos al principio de la dominación árabe en Toledo, de la mano del renegado Anrus, quien, procedente de Huesca, fue enviado a nuestra ciudad por el emir Alaken I, para poner orden en ella, después de varias sublevaciones.

Se atribuye a este caid la famosa “Jornada del Foso”, ocurrida en una noche como castigo ejemplar de los que intervinieron en aquella sublevación y en la cual y bajo el señuelo de una invitación a una fiesta, con motivo de la visita a Toledo del príncipe Abderramán I, ajustició a un número que oscila entre 500 y 5.000 toledanos, según la imaginación del autor que nos cuente la historia.

Fue también Anrus el autor de la construcción o, mejor, la reconstrucción del Alcázar, lo cual no deja de tener su lógica, ya que de lo primero de que se tendría que preocupar al llegar a Toledo sería de adecuar el recinto desde el cual defenderse de una ciudad sublevada.

No obstante, la construcción de la muralla árabe es posterior a la llegada de este apaciguador, cuya preocupación fue la de defenderse de un enemigo interior, por lo que no le debieron preocupar mucho los muros. Esto se llevó a cabo en tiempos de Abderramán II al rededor del año 840.

Para justificar el trazado de la muralla árabe hay que tener en cuenta, además de la teoría topográfica de las fortificaciones que antes expusimos, y que los árabes no abandonaron en esencia, dos determinantes que influyeron en el mismo: una, el crecimiento de la ciudad por el exterior del recinto visigodo, que obligó a ampliarlo para proteger los nuevos barrios creados, y otra, las diferentes técnicas guerreras, mejoradas con el tiempo, que hacían vulnerable la ciudad por el río, por lo que hubieron de levantar muros en toda la zona que éste rodea, o al menos en aquellas por donde el acceso a la misma era más fácil.

Su crecimiento, fuera del cerro toledano propiamente dicho, o sea, por debajo de la cota de los 500 m., se efectuó en el único sitio posible, el barrio de la Granja, por ser el terreno menos abrupto y estar próximo a una de las entradas de la ciudad y en la dirección de su expansión, hacia la Antequeruela, buscando la proximidad del río y protegiéndose por la vaguada que separa este barío del de las Covachuelas.

Por todo ello, el trazado de la muralla árabe, que es el mismo que ha llegado hasta nosotros, arrancaba desde la fortaleza o ciudadela, que en esta época ya tenía nombre propio, el Al-Hizén, y, perpendicularmente a la muralla visigoda, bajaba a la Antequeruela, e iba hasta la torre de Antequera. Desde allí subía por la vaguada antes mencionada hasta la Puerta de Visagra, para continuar en esa cota hasta la altura del Nuncio, un poco antes de la Puerta del Cambrón, donde, con un quiebro brusco, ascendía a la cota de los 500 m. para unirse a la visigoda, siguiéndola más o menos hasta la torre del Hierro.

A partir de dicha torre, en lugar de subir directamente a buscar el cerro del Alcázar, daba la vuelta al río hasta Doce

Cantos, donde se unía al enclave defensivo que formaba el Al-Hizén con la plaza de armas del puente de Alcántara.

En la zona Sur de la ciudad, debido al crecimiento de la misma en dirección al río por la necesidad de sus habitantes de proveerse de agua para cubrir sus necesidades, las murallas están en una cota muy próxima al mismo. Si la torre del Hierro fue en un principio visigoda y si su emplazamiento fue el actual, su trazado perteneció a este pueblo; si no fue así, el trazado de las murallas que conocemos fue árabe, lo mismo que su obra.

Los árabes al reconstruir la muralla, sobre todo en la parte que la levantaron de nueva planta, la dotaron de nuevos elementos defensivos propios de la época y adecuados a las técnicas ofensivas y defensivas al uso. Así edificaron torres de cinco esquinas adosadas al recinto, cuyo fin era situar tropas en posiciones avanzadas con respecto a la línea de la muralla, tales como las del paseo de Recaredo, donde se encuentra situado actualmente un establecimiento de hostelería y que dominaba la “Puerta Antigua de Visagra” o de Alfonso VI; o la inmediata a la Puerta Nueva que no solo la defendía, sino que dominaba el acceso al puente de Alcántara por esta zona, o la situada en las inmediaciones de dicho puente.

Otros elementos defensivos debidos a los árabes, adosados a las murallas y con características tácticas semejantes, fueron las corachas y las torres albarranas. Ambas, cuando las puertas de que estaban dotadas permanecían abiertas, permitían el paso de las tropas propias o de la población a lo largo de las murallas. Al ser cerradas formaban una barrera perpendicular al recinto, pudiéndose desde lo alto del mismo y de la torre, impedir el paso al enemigo.

Las corachas entraban normalmente en el río y las torres albarranas podían quedar fuera de él o casi en contacto con el agua. De las primeras sólo se conserva muy bien restaurada la del Baño de la Cava, la cual además protegía el puente de barcas allí existente. Hubo otras en el puente de Alcántara y, como afirman muchos autores, a los que no les falta razón dada su ubicación, lo que después fueron los molinos del Daicán, frente al arroyo de la Cabeza, fue otra coracha que, junto con el torreón allí existente, formaba un complejo defensivo en punto tan estratégico como era la vuelta que allí hace el río.

Además de la Puerta del Sol, en el interior, se conservan dos torres albaranas en la actualidad: la del Hierro, totalmente restaurada, que defendía el acceso a la ciudad por la Bajada del Barco; y la de Antequera, que protegía la vuelta de la muralla en esa zona, ya que el río, vadeable en aquel punto y muy próximo a la muralla, así lo exigía.

La hasta ahora llamada ciudadela cobró en época árabe mayor esplendor. Se crearon en ella palacios, como sólo los árabes han sabido construirlos, con frondosos jardines cuyos anexos formaban un vergel en la ya entonces denominada Huerta del Rey.

De la época árabe data el nombre por el que siempre se la ha conocido y que se conservaba aún en escritos del siglo XIII: el Al-Hizén, cuyo significado es el de recinto cerrado o amurallado (a la Alhambra de Granada en las capitulaciones de 1491, se la llamaba Al Hiçan), de donde se derivaba el nombre de Aficen dado a la basílica visigoda allí existente.

Su constitución orgánica se conservó de la misma forma que durante las dominaciones anteriores: en la zona del actual Alcázar estaba situado el acuartelamiento de las tropas que la defendían y, frente a este, el palacio del Walí musulmán. Dicho palacio, como se dijo anteriormente, debió ser de gran belleza; se cuenta, y de aquí la otra explicación del nombre de Galiana con que también se la conoce, que en tiempos de Abderramán I hubo en Toledo un gobernador árabe llamado Alfabrí, quien lo edificó con gran esplendor para solaz de su bella hija, la princesa Galiana.

Esta, por su gran belleza, traía de cabeza a moros y cristianos, y por tal causa dicen que dispuesto a casarse con ella el príncipe árabe Bradamante, señor de Guadalajara, se encontró camino de Toledo con el también príncipe francés Carlos Maynet, quien, prendado de su belleza, venía dispuesto a conquistarla incluso por la fuerza. Lucharon ambos príncipes y venció el francés, llevándose a la princesa a Burdeos, donde la edificó un palacio a semejanza del toledano.

En estos palacios, como huésped de su amigo el rey Al-Mamún, vivió desterrado por su hermano Sancho II, Alfonso VI hasta la muerte de aquel en Zamora a manos de Bellido Dolfos. Por cierto que, según se cuenta, estando con el rey árabe y sus consejeros en la Huerta del Rey, creyendo éstos que su huésped Alfonso se encontraba dormido, comentaron que la única forma



PUERTA DEL CAMBRÓN EN LOS PRIMEROS AÑOS DEL SIGLO.
(Foto Alguacil. Arch. Municipal de Toledo)

de rendir Toledo era sitiándolo por hambre, de lo que tomó buena nota el futuro rey, aunque luego no tuviera necesidad de llegar a esos extremos.

Poco queda por decir de las defensas árabes. Únicamente, que el recinto visigodo que quedó en el interior de las mismas, no fue abandonado por éstos, pues estaba tan estratégicamente situado que lo conservaron y repararon, con un segundo cinturón de defensa de la ciudad.

La “otra muralla”

A toledanos y no toledanos se les oye hablar de la “muralla de Alfonso VI”. A este rey, cuando conquistó Toledo, le ocurrió lo que a Wamba; se encontró con un cinturón defensivo fabuloso, bien trazado y quizá mejor conservado que se lo encontró el

visigodo, ya que en esta ocasión Alfonso VI conquistó Toledo sin lucha. En tiempos de su residencia en nuestra ciudad como huésped del rey Al-Mamún y en agradecimiento al trato recibido de éste, le prometió que cuando fuera rey no arrebataría la ciudad ni a él ni a sus hijos. Efectivamente, reinando en Toledo Alcadir, nieto de Al-Mamún, pactó con él su entrega, entrando en la ciudad sin llevar a cabo ninguna acción bélica, por lo que únicamente se vería precisado a reparar alguna cosa que se encontrara en malas condiciones y de no mucha importancia, ya que las obras que han llegado hasta nosotros, o son anteriores o muy posteriores a dicho monarca. Después de la toma de Toledo por el rey cristiano y en el sinfín de luchas, intestinas la mayoría, y muy lejos de su reinado, las murallas como es lógico, sufrieron sus consecuencias, por lo que se fueron reparando y retocando a lo largo de los siglos según las necesidades de la ciudad y la evolución de las armas.

Una de las defensas que desapareció casi radicalmente fue el Al-Hizén árabe, no obstante haber nacido en él varios reyes, entre otros Alfonso X el Sabio. La zona dedicada a palacio fue cedida poco a poco a diferentes órdenes religiosas, edificando allí sus casas algunas de ellas. Posteriormente se levantaron el Hospital de Santa Cruz y el convento del Carmen Calzado, en parte de cuyo solar debió hallarse Santa María de Alficén, y que, tras de servir a los franceses en la guerra de la Independencia como fortaleza (puede que sea el último servicio como tal que han prestado las murallas) para defender Toledo ¡de los toledanos! fue desamortizado y vendido a don José Safont en 104.730 reales, quien lo derribó entre 1836 y 1848 para aprovechar sus materiales de construcción.

El Alcázar se reconstruyó como palacio y, tras varias vicisitudes, fue pasto de las llamas en dos ocasiones y de las bombas de nuestra guerra civil. Unas veces fue morada real y otras, de sus gobernadores, hasta pasar a ser, junto con el Hospital de Santa Cruz, un gran complejo militar, sede de la primera Academia de Infantería.

LOS ACCESOS DE TOLEDO

Hasta ahora, aunque de una forma somera y basándonos unas veces en hechos, otras en dichos y otras en teorías, hemos visto la evolución que han experimentado las defensas del cerro toledano, desde sus primeros pobladores hasta casi nuestros días. Hemos visto de qué se valieron para impedir que un enemigo exterior, presunto conquistador de la ciudad, entrara en la misma por la fuerza.

Este pequeño trabajo quedaría incompleto si lo dejáramos así, pues no todos iban a ser enemigos ni Toledo era una cárcel, por lo que entre guerra y guerra era necesario entrar y salir de la ciudad.

El primer obstáculo para conquistarla fue el río Tajo que, a lo largo de los siglos y desde un punto de vista bélico, se salvó como se pudo: vadeándolo, cruzándolo con algún medio flotante o de cualquier otra forma; pero en tiempo de paz cualquiera de los medios era engorroso y no estaba al alcance de todo el mundo, por cuya razón se hubieron de poner los medios necesarios para cruzarlo. El único pueblo civilizado que no encontró nada hecho a este respecto fue el romano, quien tuvo que entrar o por la Sagra o por el trazado que luego convertiría en calzada romana, a la altura del Castillo de San Servando, vadeando después el río. Al ser el primer ocupante de la ciudad, fue el primero que acometió las obras públicas y el primero por lo tanto que construyó un puente.

Puesto que hemos visto que era completamente imprescindible construir este viaducto, empecemos por él, el estudio de los accesos a nuestra ciudad. A pesar de estar Toledo rodeado en casi las tres cuartas partes de su perímetro por un río, ha sido, bien por las características del terreno que le rodea o bien puramente por razones defensivas, una ciudad parca en puentes; a lo largo de más de veinte siglos sólo ha tenido cinco, de los cuales uno no se conserva y dos fueron construidos en los últimos cincuenta años.

Una vez cruzado el río con este estudio, nos adentraremos en Toledo por sus puertas, intentado dar al lector una idea de lo que fueron, cuál fue su uso y el servicio que a los toledanos prestaron a lo largo de la historia.

L-LOS PUENTES DE TOLEDO

El Puente de Alcántara

Como hemos visto anteriormente, fueron los romanos los primeros conquistadores de Toledo que necesitaron construir un puente que cruzara el río Tajo a la altura de nuestra ciudad, no para acceder a ella, sino para dar continuidad a la calzada romana por ellos edificada que conducía a Mérida, sirviendo Toledo como fortín que defendía ese elemento tan importante en el trazado de la calzada.

Mucho se ha polemizado, como de todo lo romano que existió en nuestra ciudad, sobre la situación original de este puente. Hay autores que dicen fue el mismo acueducto edificado a su lado el que utilizaron como puente; no nos parece imposible que permitiera el paso de peatones, pero que diera paso a la calzada romana parece bastante improbable.

De lo que no cabe la menor duda es de que el puente que construyeron los romanos para este fin estaba situado donde se encuentra el actual: de la mano de D. Pedro Román, según los trabajos por él publicados, cualquiera puede bajar y ver los restos romanos que aún sustentan el estribo del primero de sus arcos.

Como todo elemento defensivo, y más éste azotado por las aguas del en otra época caudaloso río Tajo, ha sufrido múltiples destrozos que han hecho necesario para su conservación efectuar reparaciones a los usuarios que siguieron a sus constructores, con el fin de que continuara prestando los servicios para los que fue creado.

De las vicisitudes sufridas durante la dominación visigoda no tenemos noticias, no obstante saber que en la Puerta de Alcántara, aneja al puente, que se derribó en 1864, había una placa, como en casi todas las puertas toledanas, que indicaba la reparación de los muros, atribuida al rey Wamba, sin que esto quiera decir que existiera dicha puerta en su época.

Las obras que se conservan en su estructura son árabes; y de esta época es de cuando se poseen más datos. Ya entonces debió de ser una obra importante para aquella gente, pues alabándola el moro Rasis en sus escritos dice: *“E TANTO FUE SOTILMENTE LABRADA QUE NUNCA OME PUDE ASMAR CON VERDAD QUE OTRA TAN BUENA HECHA EN ESPAÑA”*. La fecha de su

reconstrucción por dicho pueblo se puede situar con anterioridad al 856 de nuestra era, fecha que cita el mencionado Rasis.

Para evitar equívocos, creemos conveniente aclarar la fecha indicada en la placa situada en el torreón de entrada, en la que consta que el puente *"...Fue acabada en era de los moros que andaba en ese tiempo en CCC e LXXXVII annos..."* Si al año 387 le añadimos los seiscientos años que median entre la Hégira y nuestra era, la fecha a que se refiere la placa debe de corresponder a otra de las reconstrucciones sufridas por el puente, posterior a la indicada por Rasis.

Entre ambas fechas, si alguna de ellas no está equivocada, medió otro hecho que destruyó parte del puente, concretamente el arco menor: en el siglo IX el califa Mohamed I lo minó, derribándolo con multitud de toledanos que salían a defender la ciudad provocados desde fuera. Y, como última gran obra en su estructura, tenemos la efectuada en el año 1258, como consecuencia de haber sido *"...derrivada una gran partida de este puente de Toledo..."* a causa de *"...el grande diluvio de las aguas e omenzó antes del mes de agosto e duró hasta el jueves XX e VI días andados de diciembre..."* que tuvo lugar *"...en el anno de M e CC e LVII annos de la Encarnación de Nuestro Señor Jesucristo..."* dicha reconstrucción fue efectuada por el *"...Rey don Alonso fijo del noble Rey don Fernando e de la Reina doña Beatriz..."* *"... e fue acabada..."* *"... el ochavo anno que él reinó en el anno de la Encarnación de M C LVIII annos..."* según párrafos entresacados de la placa antes mencionada.

Por ser el puente que servía de acceso principal a la ciudad, tanto en tiempo de paz como de guerra, las obras y modificaciones fueron constantes hasta que dejó de utilizarse en 1930 al entrar en servicio el puente nuevo edificado a su lado.

Así tenemos que en 1484 se restauró la torre árabe que aún se conserva; en 1575 se decoró la entrada a dicha torre; en 1786 se le hizo una reparación general y en 1936 se renovó el solado de su calzada. Mención aparte merecen las obras efectuadas en 1721, cuando se derribó el torreón de estilo árabe existente en el extremo del puente que da al paseo de la Rosa ya que *"...combatida del tiempo hacía evidente la ruina y peligroso su comercio..."* edificándose en su lugar la puerta barroca que actualmente posee *"...con la noble firme arquitectura de los*

primores del arte...” “*Reinando Felipe V nuestro señor...*” y “*siendo Corregidor don Bartolomé Espejo y Cisneros*”, según consta en sendos tarjetones situados a ambos extremos del arco de dicha puerta.

Terminada la reconquista y más o menos apaciguada nuestra Patria, el puente sirvió, junto con las puertas que en el extremo que da a la ciudad formaban la plaza de armas de Alcántara, para el control de los géneros y personas que entraban y salían de la población, estando regulados su peaje y los arbitrios que se pagaban al municipio de tal manera que obligaron a levantar frente al torreón de entrada al puente, y tapando la puerta de Alcántara hoy existente, unas viviendas para los portazgueros que servían la plaza. El derecho de portazgo fue ejercido por la casa de Alba hasta el año 1911, en que por no ser rentable, quedó abandonado haciéndose cargo del puente el Ministerio de Obras Públicas, que lo reparó.

Las puertas de la plaza debían abrirse al alba, cuando tocaba la campana de la Concepción, y cerrarse después de que dejara de tocar la del Ave María de la Catedral. Como uno de los muchos hechos históricos de que fue protagonista diremos que por esta plaza y su puente salió de la ciudad el cortejo fúnebre que conducía los restos de la Emperatriz Isabel, esposa de Carlos V, que murió en el palacio toledano de Fuensalida en 1539; cortejo que iba presidido por el después rey Felipe II, a la sazón de doce años.

El Puente de la Cava

El torreón que hoy conocemos como el Baño de la Cava fue el segundo puente en antigüedad de los existentes en Toledo. Por ser el de Alcántara la entrada principal a la ciudad de ejércitos y mercancías, éste tenía poca entidad, pues únicamente se debió usar para dar salida a los viajeros que se dirigían a los Montes de Toledo y entrada a las mercancías que procedían de los mismos. Tan poca entidad tuvo que no era ni siquiera de mampostería, sino un simple puente de barcas, sirviendo de apoyo a las mismas, o a la estructura que las sostenía, el torreón que ahora conocemos y dos machones de mampostería situados a ambos lados del río.



ASPECTO DEL ARCO DE LA SANGRE A PRINCIPIOS DE SIGLO.
(Foto Alguacil. Arch. Municipal de Toledo)

sumergidos en sus aguas, que aún se conservan y que están enfilados con el torreón.

Su capacidad debió de ser muy limitada, ya que entonces existían dos pasos de barcas muy próximos a él y situados uno a cada uno de sus lados: uno frente al Tránsito, para entrar en la ciudad por la Puerta de Alportel y otro en la huerta de Ajuneina, próxima a los molinos de Azumel.

Aunque en el título de este apartado le llamamos Puente de la Cava, para familiarizar al lector con su situación, en realidad se llamaba, como su sucesor, Puente de San Martín, según consta en un documento mozárabe fechado en 1165, antes de su destrucción. Este nombre le vino de la barriada próxima a su acceso, en la que estaba situada la parroquia de San Martín de Tours, iglesia edificada frente a la Puerta del Cambrón y luego derruida para ensanchar el acceso a dicha puerta.

El Puente de San Martín

El puente de barcas que existió donde se encuentra el “Baño de la Cava” fue destruido por la riada que tuvo lugar en 1203. Para sustituirle se edificó con buena obra uno de mampostería, al que, por las mismas razones que al derruido, se le siguió llamando de San Martín, puente y nombre que han llegado hasta nosotros.

De construcción muy airosa, su arco central de forma ojival, con 40 m. de anchura y 27 m. de alto, es un alarde de la ingeniería de la época en que se construyó. No corresponde a su diseño original, ya que también sufrió diferentes destrucciones que motivaron su reconstrucción.

Dada la luz de su arco central, seguramente diseñado para evitar la catástrofe que motivó su construcción, no sufrió daños en la siguiente riada de 1257, que derribó parte del Puente de Alcántara. No obstante y, a pesar de no haber sido conquistado militarmente durante la guerra que mantuvo el rey Pedro II con su hermano bastardo Enrique en 1368, fue parcialmente destruido para evitar el acceso a Toledo a través de él.

Lo mandó reparar el arzobispo D. Pedro Tenorio, a cuya gran preocupación por la conservación de la ciudad se deben tantas obras; fue en esta reparación cuando surgió la leyenda de la mujer del alarife encargado de las obras del mismo.

Cuentan que éste, al efectuar un diseño tan arriesgado del arco central, sintió gran preocupación por la resistencia mecánica del mismo una vez que entrara en servicio. Enterada la esposa del problema que acuciaba a su marido, una noche y sin que este lo supiera, fue al puente y quemó las cimbras que sustentaban el arco, con lo que éste se vino abajo. De esta forma y dándose el hecho por fortuito, salvó el nombre de su marido como constructor, quien, reconsiderando la idea que le llevó a diseñar el arco, lo volvió a edificar tal y como hoy lo conocemos.

En la clave del mismo hay una figura en piedra blanca que el pueblo asocia con la imagen de la mujer del alarife que tan inteligentemente salvó la profesionalidad de su esposo. La verdad es que dicha figura está vestida de pontifical y con mitra, por lo que lo más lógico es que represente al arzobispo Tenorio impulsor de la obra.

Se volvió a reparar este puente en 1690 en época de Carlos II, siendo corregidor de la ciudad D. Francisco de Vargas y Lezama, ya que, según consta en las placas existentes en el torreón que da a la ciudad, bajo los reyes godos del escudo de la misma, se encontraba “...*casi arruinado, con la injuria de cinco siglos...*”, ensanchándolo y mejorando sus accesos. Como toda obra que ha llegado a nosotros, no fue ésta la última ni la única reparación que en el puente se efectuó. Se llevó a cabo otra en 1760, en que se soló el puente según se lee en una placa colocada en el mismo, creyéndose que entonces se quitó la caseta situada encima del pilar más próximo a la entrada por la ciudad, que figura en el plano de Portocarrero.

Aunque en importancia militar este puente fue inferior al de Alcántara, sus defensas, quizás por estar hechas en época más reciente, son mejores que las de aquel. Sus torres son más estudiadas que las del Puente de Alcántara, sobre todo la exterior, de planta exagonal aunque incompleta, ya que le faltan casi tres lados y tiene mutilado su acceso. Este pudiera haber tenido entre los dos arcos de entrada que faltan, una sarracina (especie de matacán) por donde impedir mediante el uso de elementos arrojados el que, utilizando un ariete, se derribara la puerta. En el supuesto de que ello se llevara a cabo, estaba dotada de otra puerta de peine o rastrillo, que encerraba a los atacantes en una especie de jaula. Si, no obstante, este rastrillo hubiera sido

franqueado, se podría atacar desde las siete saeteras que hay en la cara de la torre que da a la ciudad, a quien pretendiera entrar en ella.

También este puente tuvo una especie de plaza de armas, aunque más comercial que defensiva; pues, si bien en la de Alcántara no hubo nada más que las puertas que la defendían (en alguna época se montaron unas tiendas portátiles), en ésta hubo mercado y cercano estaba el rastro, donde se mataba el ganado bovino que consumía la ciudad.

II.-LAS PUERTAS DE TOLEDO

Como último elemento del sistema defensivo de nuestra ciudad, nos quedan por estudiar las puertas que dieron acceso a la misma a través de sus murallas. Desde el punto de vista militar, no todas ~~ellas~~ tuvieron importancia; es más, algunas, incluso, serían un obstáculo para la defensa, por carecer de sistemas defensivos que las protegieran, aunque bien es verdad que la mayoría de ellas tampoco estaban edificadas en lugares de fácil acceso para quien pretendiera entrar por la fuerza en la ciudad.

En los primeros tiempos algunas fueron verdaderas fortalezas militares, dotadas de elementos defensivos propios de un castillo, su misión fue no sólo impedir la entrada, sino hacer fácil y segura la salida de las tropas de la ciudad en sus incursiones para defender los alrededores. Otras fueron meros elementos de servicio en tiempo de paz, bien para proveerse de agua, para evacuar las aguas pluviales de la ciudad, para entrada y salida de mercancías o bien para acortar el camino y no tener que recurrir a las “puertas fortaleza”.

Los muchos siglos transcurridos desde que se fortificó Toledo, las diferentes dominaciones que lo poseyeron y las necesidades surgidas a lo largo del tiempo, nos han dejado un número de puertas y portillos que hacen un tanto difícil asegurar con exactitud cuál fue, dónde estuvo y cómo fue, cada uno de los que no se conservan. Consultando archivos, leyendo a los autores que escribieron sobre nuestra Ciudad, se pueden enumerar una veintena de ellos, de los que sólo existen nueve. Para nombrar las

puertas se han empleado a lo largo del tiempo más de sesenta nombres diferentes por los distintos pueblos que habitaron la ciudad, unos completamente diferentes entre sí y, los más, derivados del nombre original de la puerta.

Agotado ya este preámbulo, pasemos a estudiar primeramente aquellas que desaparecieron.

Puerta del Aguila

Esta puerta se estudia como perteneciente al recinto romano y, como tal, su situación no puede ser más imprecisa, igual que lo es todo este recinto. Los que abogan por el que hemos llamado teórico, la sitúan en la confluencia de la calle del Cristo de la Luz con la de Alfileritos; pero, considerando el trazado real de la muralla, esta puerta no puede ser otra que la de Balmardón o del Cristo de la Luz, que ha llegado hasta nosotros.

Además de Puerta del Aguila, se la conoce también como puerta Aquilina o Aguilana. Los tres nombres, si era romana, procederían del ave que sirvió como símbolo a los romanos, si bien la aceptación de Aguilana hay quien la atribuye a un recuerdo al rey godo Aquila, a causa de una restauración en la misma que éste hiciera. En el caso de que esta puerta no sea la de Balmardón, no se conoce nada de ella, ya que no ha llegado a nosotros ningún documento gráfico ni ningún escrito sobre la misma; sólo referencias de autores que escribieron sobre Toledo y que la citan en sus libros.

Puerta de Adabaquín

El nombre de esta puerta procede del árabe AL-DABBAGGIN o curtidores, como también se la conoce.

Su situación parece ser que estuvo en el trozo de muralla situado al final de la vaguada que forma la calle del Cristo de la Parra, junto a la iglesia de San Sebastián, aunque Rey Pastor y Pisa la confunden con la del Hierro. Una de las funciones de las puertas toledanas que no tenían carácter militar era, como hemos dicho anteriormente, evacuar las aguas pluviales que vertía el cerro hacia el río. Si en el lugar antes señalado no hubiera existido tal puerta, no habrían tenido posibilidad las aguas que bajan por la calle del Cristo de la Parra de salir al río, por lo que era imprescindible la existencia de la misma. Por otro lado, en aquella zona estaban

situados los talleres y tiendas de los curtidores, de donde le viene el nombre a la puerta, a través de la cual tenían éstos acceso al río para proveerse de agua, elemento esencial para su industria.

Junto a ella se montaron una pareja de clepsidras que construyó el artífice toledano Azarquiel durante el reinado de Al-Mamún y que fueron desmontadas en tiempos de Alfonso VII para estudiar su funcionamiento sin que el astrólogo judío que las desmontó fuera capaz de reconstruirlas.

Postigo de la Alhóndiga

Estaba situado junto a la puerta de Perpiñán para dar acceso a la Alhóndiga o pósito municipal, de cuyo uso procede el nombre. No debió de tener mucha entidad dada la proximidad de la otra puerta, si bien aún existía en 1558.

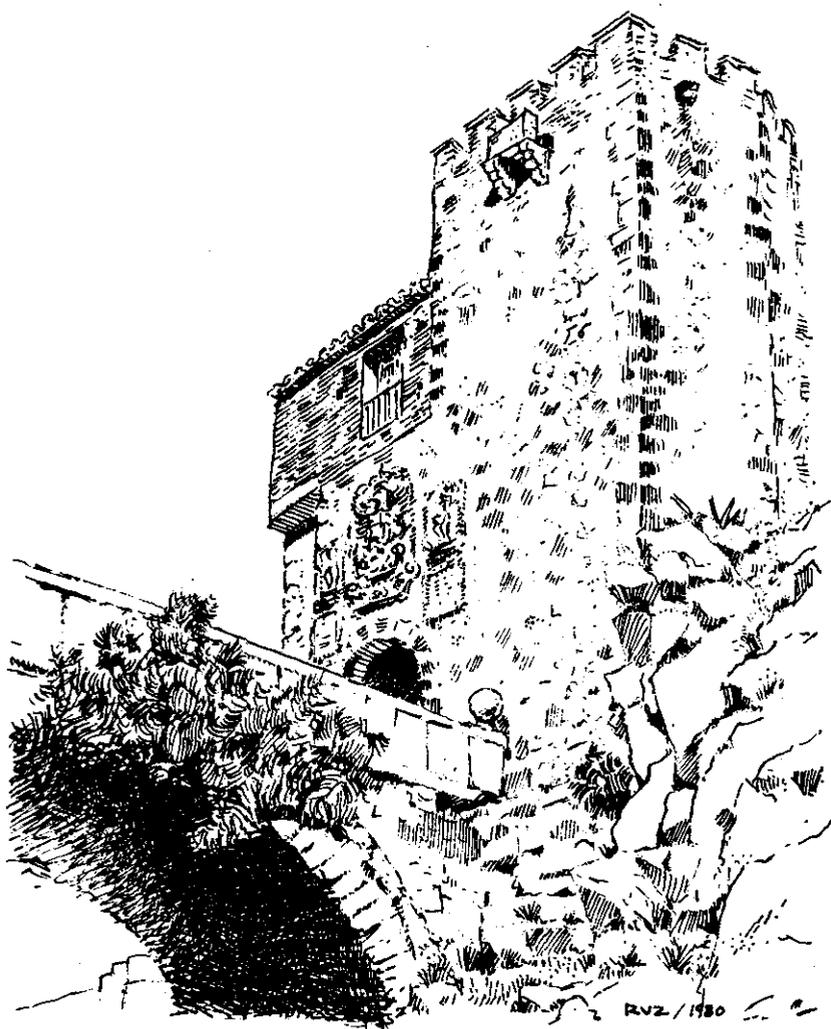
Puerta de Alportel

El paraje donde en la actualidad están situados los jardines del Tránsito era una vaguada que, bajando al río, penetraba en el cerro hasta donde se encuentra hoy día la plaza de los Alamillos. Si nos situamos en el cerro de la Cabeza podremos comprobar cómo a ambos lados de dichos jardines se interrumpió la roca que forma el cerro toledano, quedando cubierta dicha vaguada con material de relleno que formó la plataforma donde están asentados los jardines. Como al pie de dicha vaguada existía, según se puede comprobar en el plano del Greco, un paso de barcas para cruzar el río, que citamos al tratar del primer puente de San Martín, y como las aguas que recogía la vaguada habían de salir de la muralla por ese sitio, es lógico que la puerta que se cita en documentos mozárabes, entre otros, situada en el Arrabal de los Judíos, estuviera en este lugar.

No debió tener mucha importancia como puerta; primero, por el destino que tenía y, segundo, porque su nombre derivado de Bib-al-Portel, el Portillo, así lo indica; solo debió ser un paso practicado en la muralla a los efectos antes expuestos.

Puerta de Doce Cantos

De origen árabe, está situada en el extremo SE. de la fortaleza de Al-Hicén y debió servir para dar paso a las tropas de a pie, con dirección a la plaza de armas de Alcántara.



PUENTE DE SAN MARTIN.

Su nombre, Doce Cantos, lo relacionan unos con las doce piedras con las que estaba construido el arco que la formaba, y otros, como una corrupción de “Doce Caños” en relación con una fuente allí situada que tenía doce caños y que se mandó reparar en 1776 con motivo de una visita de Carlos III á nuestra ciudad.

En las ordenanzas municipales de 1480 se la menciona como uno de los lugares en cuyas proximidades estaba permitido tirar basuras.

Estuvo tapiada, seguramente desde que se construyó la puerta de San Ildefonso, hasta 1926, en que se descubrió al quitar un revoco de la muralla, terminándose de derribar no hace muchos años. En algunos documentos antiguos se cita el postigo de San Miguel, situado en aquellos entornos, que pudiera ser la puerta que nos ocupa.

Puerta de Perpiñán

Esta es una de las puertas más antiguas del recinto toledano, ya que se la supone perteneciente al levantado por los romanos, para comunicar la ciudadela que defendía la ciudad con la calzada romana que se dirigía a Mérida y que pasaba al pie de donde estuvo situada.

Su nombre procede de un recuerdo de la Galia Visigoda, pues estaba orientada a ella. Además de llamarla de Perpiñán, que se puede considerar como nombre genérico, se la conoció como de Atefalín, derivado del árabe Ar-Tefelin o de los Grederos, ya que era el paso de los acarreadores de greda que traían dicho material de Magán.

En unos documentos de entrega de unas puertas de la ciudad por Juan II a Juan Alonso de Loaisa, fechado en 1442, junto a las de Bisagra y Nueva, se cita la puerta de San Pablo, otro nombre que se atribuye a la que nos ocupa, al parecer porque permitía el acceso al antiguo convento de San Pablo. Hay quien la confunde con la puerta de Alarcones, lo cual es completamente impropio, ya que la de Perpiñán, según se la cita en documentos de su época, daba acceso al camino de subida a Zocodover por el final de la calle de las Armas, la cual no llegó nunca a la puerta de Alarcones.

Debió desaparecer en 1734, al terminarse el Miradero, ya que Pisa la cita en su libro, escrito en 1593.

Puerta de San Martín

Con tal nombre se conocen en Toledo varias puertas, ya que incluso la del Cambrón fue llamada así; todas ellas están relacionadas con el barrio de San Martín próximo al puente del mismo nombre, como consecuencia de haber estado situada en aquella zona la parroquia de San Martín de Tours.

Lo cierto es que, a efectos defensivos, no existió nunca en aquella zona puerta alguna, sirviendo como cerramiento del puente la torre de acceso al mismo por la ciudad, por lo que es posible que los documentos antiguos que citan dicha puerta se refieran a la de dicha torre, excepto en los documentos mozárabes del siglo XIII, que citan como de San Martín a la del Cambrón.

En 1864 se edificó una puerta al principio de la cuesta de San Martín y frente al puente, más con fines recaudatorios que con fines militares, ya que en esa época estas defensas no tenían objeto; puerta que fue derribada en el año 1967, al ensanchar la zona para ordenar el tráfico en la misma.

Puerta del Hierro

Esta puerta estaba situada al final de la vaguada natural que vierte sus aguas al final de la actual plaza de los Tintes.

Su nombre, así como el de la torre que la protegía, procede del de los molinos allí existentes y como tal se la cita en varios documentos mozárabes en 1239, al tratar de dichos molinos.

El uso que se le dio debió de ser también de desahogo de aguas pluviales, para surtirse de agua del río y además para cruzarlo en la barca de pasaje allí existente hasta no hace mucho.

A pesar de no tener carácter militar, se consiguió introducir por ella en el siglo XV, en los disturbios ocurridos entre cristianos nuevos y viejos, a unas fuerzas procedentes de Ajofrín destinadas a defender la Catedral, ya que, por estar fuertemente defendidos, no era posible su penetración por los puentes de San Martín y de Alcántara.

En esta zona (unos la citan frente a esta puerta y otros frente a la de Adabaquín) existió un arenal llamado Isla de la Alcornia, que estaba unido a tierra por un pequeño istmo, que sirvió como lugar de recreo de los prelados toledanos y como residencia veraniega de los mismos, la cual fue arrasada por las aguas en tiempos del cardenal Silíceo.

Plaza de Alcántara

Para terminar las puertas conocidas que en la actualidad no existen, estudiaremos un conjunto de ellas que formaban, junto con el castillo de San Servando, las fortificaciones que defendían uno de los elementos de acceso más importantes de nuestra ciudad: el puente de Alcántara.

Para completar este conjunto de elementos defensivos, se construyeron al pie de las murallas del Al-Hicén, tres puertas, de las cuales dos han desaparecido.

Una de ellas es la actual puerta de Alcántara, a la que llamaremos “actual”, otra puerta de Alcántara más que, por no existir, llamaremos “derruida”, y la puerta de San Ildefonso, también derruida. La de San Ildefonso daba acceso a la ciudadela del Al-Hicén por la zona de Doce Cantos, tapándose con toda seguridad este portillo al construir la puerta; la de Alcántara “derruida”, a la calzada romana que, bordeando la ciudad, se dirigía a Mérida; y la actual de Alcántara, la más antigua de las tres, directamente al Al-Hicén.

Esta plaza fue siempre un fortín inexpugnable que nunca fue tomado militarmente. Incluso estando dominado el Castillo de San Servando, verdadera avanzadilla en su defensa, nunca tuvo carácter urbano y no existieron en ella comercios ni viviendas, si exceptuamos a unas tiendas portátiles que se instalaron en 1234, arrendadas por la Catedral, y las viviendas de los portazgueros que servía la plaza, adosadas al paño de muralla situado frente a la entrada del puente.

Junto con la puerta de Bisagra, fue uno de los puntos de control de arbitrios municipales más importantes de Toledo. En ella estaban instalados los pesos de la harina y del carbón, que controlaban el paso de dichos géneros a la ciudad y aquí se efectuaba la recaudación de los derechos de portazgo de las mercancías que entraban y salían desde la Mancha, llamados en alguna época de almojarifazgo y que pertenecían al Rey; estando exentos de su pago los vecinos de la ciudad para ciertos géneros, como, por ejemplo, el mosto en época de vendimia y los materiales que se empleaban en la construcción de la Catedral. Muchos de estos derechos se pagaban en especie. Así tenemos que, según las ordenanzas municipales de Felipe II, algunos de ellos tenían la cuantía de *“Por cada carga de escobas, una escoba; por cada carga*

de corteza, una blanca; por cada carga de huevos, cinco huevos, etc...

Puerta de Alcántara “derruida”

Como hemos dicho anteriormente, estaba situada a la derecha, entrando a la ciudad por el puente de Alcántara. Puede ser de origen visigodo. En ella, lo mismo que en otras puertas de la ciudad, fue colocada por Gutiérrez Tello, en la reparación que en su época se hizo según mandato de Felipe II, una placa sustituyendo las inscripciones árabes, que decía:

“Año 764, el rey godo Wamba restauró los muros de esta ciudad y los ofreció en versos latinos a Dios y Santos Patrones de ella. Los moros las quitaron y pusieron letreros arábigos de blasfemias y errores. El Rey D. Felipe II, con celo de religión y de conservar las memorias de reyes pasados, mandó a Juan Gutiérrez Tello, corregidor de la ciudad, los quitase y pusiese como antes estaban los Santos Patrones, con los versos del Rey Wamba. Año de 1570”.

Ya existía, según se cita en documentos de la época, en 1193, aunque de hechura árabe, empleando en ella varios elementos visigodos, entre otros el rosetón en forma de rueda que se conserva en el museo de Santa Cruz. Tenía en el centro un gran escudo de Toledo en piedra y dos placas colocadas a ambos lados del mismo: la antes descrita y otra que recordaba la reconstrucción de la puerta, siendo corregidor de la ciudad el marqués de Quintanar de las Torres, durante el reinado de Felipe IV.

Fue derribada en 1864 al efectuar el trazado de la calle de Gerardo Lobo, quedando de ella solamente el torreón que la unía a la muralla.

Puerta de San Ildefonso

Estaba situada también en la plaza de Alcántara, a la izquierda de la entrada por el puente y frente a la de Alcántara “derruida”. El nombre se lo debe a la escultura de San Ildefonso atribuida a Monegro, colocada en la fachada interior de la misma en tiempos de Gutiérrez Tello, encima de su arco árabe. Sobre esta escultura había otra lápida recordando la reconstrucción efectuada en tiempos de Felipe II, con el mismo texto que la colocada en la de Alcántara relativa al Rey Wamba.

La arquitectura de la puerta que se conoció era árabe, y posterior a la puerta de Doce Cantos, a la que sustituyó para permitir la subida de vehículos por aquella zona.

Puerta de Alcántara “actual”

Está situada frente al torreón de acceso a la ciudad por el puente de Alcántara y es la más antigua de las tres que existieron en la plaza y posiblemente de las de Toledo, ya que, si bien se la cita al estudiar la muralla romana, debió de ser el acceso obligado desde el puente por ellos edificado al pretorio. Dada la orografía del terreno, no permitía la entrada de vehículos, pero sería útil para el paso de tropas a pie o montadas.

Quizás por esa imposibilidad de pasar vehículos a su través, con el paso del tiempo y su ruina perdió su uso y, al edificarse las otras dos, se pensó en anularla definitivamente. En las reformas llevadas a cabo por Gutiérrez Tello se tapó, edificando delante de ella las casas de los portazgueros que servían la plaza. Fue precisamente al derribar dichas casas, en el año 1911, perdido ya su uso, cuando se descubrió la puerta, terminándose su reconstrucción en 1961.

Su arquitectura es de origen netamente árabe, con entrada en codo, datando los muros salientes situados a ambos lados del arco de entrada de los siglos XII o XIV en su parte alta.

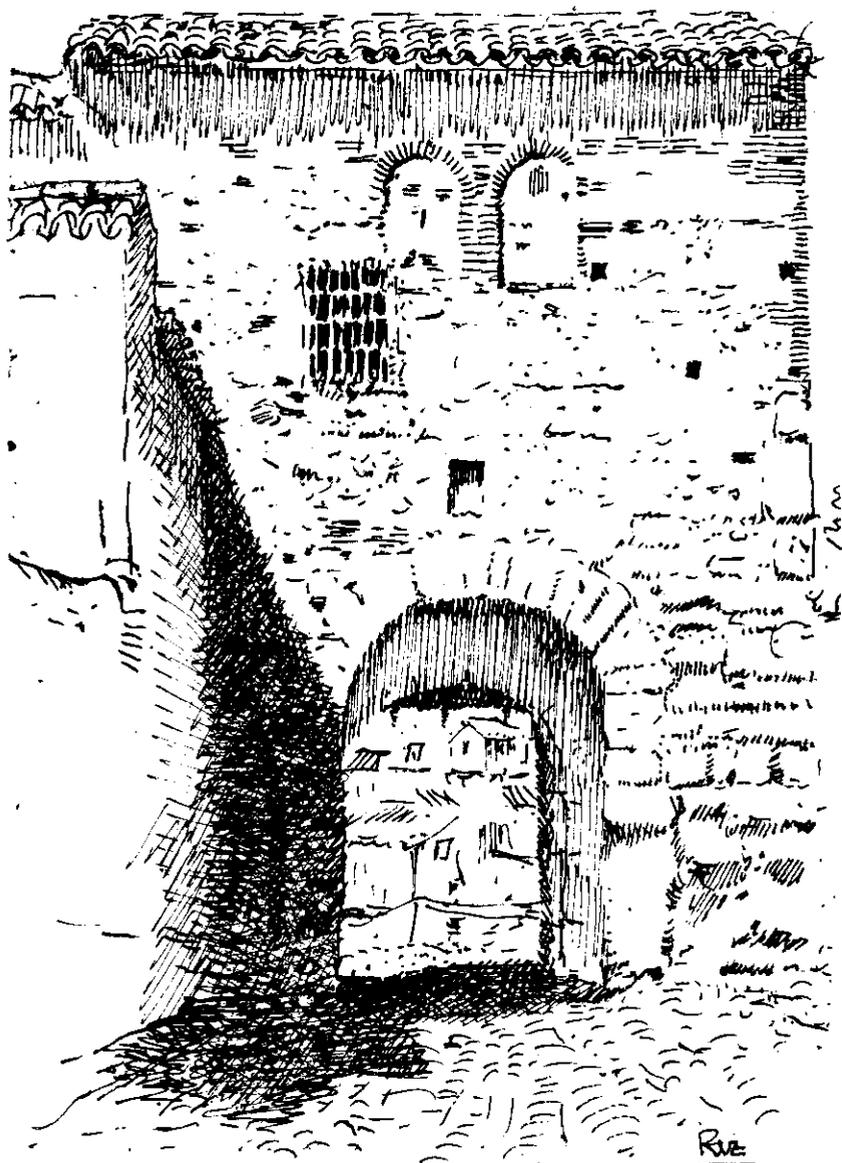
Puerta de Balmardón

Está situada en el recinto romano que hemos calificado como real y es muy posible que fuera la puerta del Aguila que los autores que describen dicho recinto sitúan en esa zona, dando en la actualidad acceso a la ciudad por la calle del Cristo de la Luz.

Seguramente es la puerta de Toledo que más nombres ha tenido, aunque éstos deriven esencialmente de dos:

Balmardón, Valmardón, Mayordomo y del Mayoriano son derivados del árabe Bib-Al-Mardon, que significa puerta del Mayordomo, aunque no se sabe por qué causa.

Los de Cristo de la Cruz y Cristo de la Luz, con que actualmente se la conoce, son consecuencia de la proximidad de la ermita del mismo nombre. Primeramente se llamó de la Cruz, ya que así se llamaba la ermita situada en la antigua mezquita árabe



PUERTA DE BALMARDON.

construida entre los años 999 y 1000, según consta en una inscripción en caracteres cúficos situada bajo el alero de su fachada principal.

En el año 1182 el arzobispo D. Gonzalo Pérez, “a instancias del Rey”, cambió el nombre de la ermita por el de Ermita de la Cruz, cambiado también el nombre de la puerta, que pasó a ser puerta de la Cruz (según cita D. Julio Porres en su libro Historia de las Calles de Toledo).

Su edificio es de arquitectura árabe. Incluso autores como Menéndez Pidal aseguran que su arco interior fue de herradura, habiéndose retallado sus dovelas para dejarla de medio punto con objeto de aumentar su anchura. Fue reparada y modificada, como todas las que existían en la época, por Gutiérrez Tello, que quitó la cabeza de una mora que existía en su arco y que colocó en la puerta del Sol y situó en su lugar un crucifijo construyendo igualmente el pretil existente a su izquierda para rellenar el desnivel que allí había.

Por abrirse en la muralla de la ciudad y ser en su época una de las puertas más importantes que permitían el acceso a la misma, ya que se encuentra en el istmo del cerro toledano, debió de tener coronamiento militar, que fue derruido para edificar el remate actual, que es de propiedad particular.

Puerta de Alarcones

Se la conoce también con el nombre de puerta de Moaguía, según se cita en documentos mozárabes de 1216 y de puerta Alta de la Herrería, por estar situada al final de la calle donde se encontraban los talleres dedicados a esta especialidad.

La puerta era el acceso obligado a Zocodover antes de abrirse la subida de la calle de las Armas por el Miradero, por lo que, junto con la puerta del Sol, se adornaba siempre que visitaba Toledo algún personaje importante, como homenaje al mismo al paso de su cortejo.

Es una de las más antiguas de la ciudad, perteneciendo al recinto visigodo; autores hay que la confunden con la de Perpiñán, situada en el paño de la muralla hoy tapado por el Miradero, siendo esta última anterior, ya que se abrió para dar acceso a la calzada romana. La de Alarcones debió tener también coronamiento militar, el cual fue destruido, edificándose

posteriormente en el siglo XVI o XVII el edificio que la remata anexionado al convento de las Bernardas Recoletas. En la reparación efectuada por la Dirección General del Patrimonio Artístico recientemente se ha descubierto una escalera en su torreón derecho, cuya puerta existía anteriormente, de mayor profundidad que dicho torreón, la cual posiblemente diera acceso a la muralla.

Fue declarada, junto con el resto de las puertas, murallas y puentes de Toledo, monumento nacional en diciembre de 1921.

Puerta del Sol

Situada al principio de la calle de Carretas, fue llamada también puerta Baja de Herrerías por estar situada en la parte baja de la calle donde estaban asentados los talleres de dichos profesionales.

Esta puerta no se abre en el trazado de la muralla para dar acceso al interior de su recinto, ya que es una torre albarrana que cerraba el paso exterior a lo largo de la misma, impidiendo, si ello fuera preciso, el acceso a Zocodover por la puerta de Alarcones.

Su construcción, dado su estilo correspondiente a la tercera época de la arquitectura árabe, puede ser del siglo XI, edificada por los árabes que defendían la ciudad o por Alfonso VI nada más conquistarla. No obstante y dada la semejanza de su torreón exterior con el del castillo de San Servando, hay quien la cree edificada en el siglo XIV, en época de D. Pedro Tenorio. Lo cierto es que fue edificada aprovechando un torreón de planta rectangular adosado a la muralla, que en los documentos mozárabes de la época se cita como torre Arrifáa o Arricáa, llamándose en época de D. Pedro Tenorio "Torre Nueva"

El nombre de Puerta del Sol que aún se conserva, se le dio a raíz de ser pintados en ella en época barroca un sol y una luna.

Es una de las puertas más vistosas de la ciudad, de la que casi se puede considerar símbolo, siendo su estado de conservación tanto interior como exterior casi perfecto. En su construcción se emplearon algunos elementos romanos, como puede verse en la puerta situada en la torre rectangular que da acceso al interior de la torre, la cual está adintelada por impostas de aquella época soportadas por columnas circulares muy deterioradas.

En el frontis del segundo arco y enmarcado por el exterior, se encuentra un medallón colocado en la época de Gutiérrez Tello que representa el milagro de la imposición de la casulla a San Ildefonso por la Virgen. Asimismo es de aquella época, aunque hay quien lo atribuye a la de la construcción de la puerta, la colocación del elemento arquitectónico más antiguo de Toledo: un fragmento de un sarcófago paleocristiano de los años 330 a 350 que representa a Jesucristo, San Pedro con el gallo y dos figuras más. Sobre él y apoyada en una superficie plana, está colocada la cabeza de la mora que estaba en la puerta de Balmardón y que se cambió de sitio, como dijimos en su lugar, al ser reparadas ambas puertas y que, junto con el fragmento del sarcófago dio lugar a la leyenda de los niños hermosos, atribuyendo la cabeza a la de un alguacil toledano y fechando la leyenda un siglo antes de su colocación en la puerta.

Merece la pena visitar su interior bastante bien conservado y contemplar las bóvedas de sus buardas, así como la de la escalera de acceso a la zona almenada; es una pena que no exista el mecanismo de elevación del rastrillo (el guarda que enseña la puerta dice que está tapado), ya que completaría el interior de la misma aumentando el interés que ya de por sí tiene.

Puerta Nueva

Puerta situada en el sector de muralla árabe que rodea la Antequeruela entre la torre de Antequera y la de Cinco Esquinas que la protegen.

Sirvió, como otras muchas sin interés militar, para dar paso a las aguas pluviales de la ciudad que, en este caso, desembocaban en el río por el sitio más próximo a ella, único lugar vadeable del mismo, en las inmediaciones de la isla de Antolínez.

Además de como puerta Nueva, que debe ser el nombre más reciente, creyéndose data de la reforma de 1617, se la conoce también como Puerta del Vado, nombre derivado del de Bib-al-Mojadha o Almofala, palabras árabes con el mismo significado. Como Almofala se la cita en documentos mozárabes de 1132 y, tanto éste como el anterior nombre árabe, hacen referencia a su situación próxima al único punto vadeable del río en una época en que, para no llegar al puente de Alcántara y sobre todo durante el estiaje, se cruzaba andando hasta casi la

proximidad de la puerta, ya que el curso del río era completamente diferente al actual.

También se la conoció como puerta de los Azacanes o Aguadores, puesto que por ella bajaban al río con sus burros y sus cántaros estos acarreadores que surtían de agua nuestra ciudad.

Data de época árabe, de los siglos X u XI, cuando se construyeron la muralla y la torre de Antequera con quien se la confunde en algunos escritos, aunque la diferencia entre ambas es incuestionable, según demuestra Julio Porres en su “Historia de las Calles de Toledo”.

Sufrió varias reformas, colocándosele un dintel de piedra en 1617 que sustituía el arco que tenía en su origen. Este dintel fue derribado en 1968, habiendo sido sustituido en la actualidad por uno de madera a todas luces impropio de la puerta de una muralla.

Fue dedicada a San Ildefonso, según rezaba una placa que existía sobre dicho dintel colocada en el siglo XVII, durante la obra de reforma mandada efectuar por el entonces corregidor de la ciudad, el licenciado Gregorio López Madera.

Nunca se permitió por ella el paso de vehículos, los cuales eran desviados hacia la puerta de Bisagra, por lo que esta puerta no tenía control de arbitrios. Sólo se permitía el paso de peatones y animales.

Puerta de la Sangre

Situada en la plaza de Zocodover, en el acceso de ésta a la calle de Cervantes, antigua bajada del Carmen.

Es una de las puertas más antiguas de Toledo, ya que comunicaba el recinto amurallado de la ciudadela con la ciudad.

El nombre con que en la actualidad se la conoce, de la Sangre, procede de la capilla bajo la advocación del Cristo del mismo nombre y sostenida por una cofradía encargada de acompañar a los reos que se ajusticiaban en Zocodover, desde que entraban en capilla hasta su ejecución. Además de con este nombre se la cita también con el de Bab-al-Yayl, o de los caballos, sobre el cual se dan dos explicaciones:

—Una de ellas dice que era por esa puerta, que servía de comunicación entre la ciudad y el Al-Hizén, por donde se surtían de caballos las tropas acuarteladas en el mismo, los cuales eran adquiridos en el mercado de ganados de Zocodover.

—La otra está basada en el gran desnivel existente entre ambas fachadas de la misma, casi cinco metros, y que solo era posible salvar a caballo, razón por la que se abrió un hueco en la muralla donde hoy se encuentra la travesía de Santa Fe para el paso de vehículos, cuyo uso todavía hoy aprovechamos.

En algunos documentos del siglo XV, se le llama también puerta de la Coracha, dada su misión defensiva, pues se cree que tuvo patio de armas al igual que la del Cambrón, aunque este nombre apenas prosperó.

Fue de arquitectura totalmente árabe hasta el incendio que se produjo en Zocodover en el año 1585, en que quedó destruido el arco que daba a la plaza. Mandada reconstruir la zona por Felipe II y encargada esta tarea a su arquitecto Herrera, éste construyó el arco según el estilo que le hizo famoso. En la guerra civil española se incendiaron de nuevo estos edificios, quedando en pie el arco herreriano y destruyéndose el árabe que se salvó en 1585, el cual fue reconstruido en 1944.

En el lugar que ocupa la capilla del Cristo de la Sangre hubo un oratorio árabe, el cual al conquistar la ciudad Alfonso VI, ordenaría purificar y cristianizar, igual que otros que existían en la ciudad.

Puerta del Cambrón

Debe este nombre la puerta a una zarza que crece con profusión en sus inmediaciones, llamada cambronera y que incluso arraigó en lo alto de una de sus torres. Además de puerta del Cambrón, han llegado hasta nosotros varios nombres de la misma: así, se llamó de Santa Leocadia, nombre debido a Gutiérrez Tello al poner bajo el patronazgo de dicha virgen toledana esta puerta, en la que colocó una imagen de la misma atribuida a Berruguete, y debajo de la cual puso dos lápidas: una que dice “Salve virgen y mártir Leocadia abogada de la ciudad de Toledo” y otra con estas estrofas del himno mozárabe a la Santa: “Tú eres nuestra ínclita ciudadana/ tú eres nuestra patrona nacida aquí/ arroja el mal lejos del término de esta ciudad”.

También se la cita en documentos mozárabes del siglo XIII como puerta de los Judíos y puerta de San Martín. Ambos nombres son relativos a su proximidad al barrio judío y al barrio de San Martín, patronímico este último que tenían todos los

monumentos situados en el mismo, según dijimos al tratar del puente y puerta de dicho nombre.

Pertenece al recinto visigodo y posiblemente abierta por ellos, la arquitectura más antigua que se conserva es árabe en su planta baja. Reconstruida como casi todas las puertas en época de Felipe II por el corregidor toledano Gutiérrez Tello, se edificó con estilo grecorromano. Está formada por dos cuerpos, coronados por dos torres cada uno, separados entre sí por un pequeño patio de armas. El cuerpo que da a la ciudad se abre con un arco de piedra almohadillado, enmarcado por columnas de estilo renacimiento, y sobre el que se encuentra la imagen de Santa Leocadia a que antes nos referíamos. La fachada que se asoma a la Vega presenta otro arco de medio punto soportado por dos cipos árabes funerarios, en uno de los cuales aún se conserva la inscripción. Sobre dicho arco discurre una galería con dos grandes arcos separados por una columna de base rectangular que soporta un gran escudo de la ciudad.

Componen esta fachada, junto con la galería y el escudo, varias ventanas pertenecientes a las dependencias interiores hoy local social de la Asociación Cultural de los Montes de Toledo, para la cual, si excluimos la Posada de la Hermandad, sede de su antecesora Hermandad de los Montes de Toledo, no se ha podido encontrar mejor marco.

Esta puerta, dada su situación y construcción, fue netamente militar, aunque posteriormente pasara a desempeñar funciones recaudatorias, de cuyos pagos estaban exentos, según recuerda una placa existente en el patio de armas, los vecinos de Toledo y de sus Montes.

En el torreón de la derecha de la fachada que da a la Vega, como una piedra más de su mampostería, hay una perteneciente a un friso visigodo bastante bien conservada.

Puerta de Bisagra

Se la puede considerar como la puerta principal de la ciudad, no por serlo hoy, ya que los principales accesos a la misma pasan a su través, sino desde el tiempo de su construcción por los árabes, al levantar el tramo de muralla que envolvía a los arrabales toledanos que se fueron formando fuera de las murallas visigodas.

Según vimos al estudiar la orografía del cerro toledano, esta es la zona menos escarpada del mismo y en la que está situado el istmo que le separa de la llanura de la Sagra, por lo que es lógico que los árabes construyeran sus murallas cerrando este istmo y que en ellas abrieran una puerta para dar acceso a la ciudad por la zona más fácil.

Este hecho lo confirma uno de los nombres que los árabes dieron a la puerta, a la que llamaron de la Ciudad, nombre que no prosperó a lo largo de los siglos.

El nombre actual de Bisagra o Visagra como otros lo escriben, también tiene su explicación, según demuestran documentos antiguos.

A la vista de los documentos mozárabes, Rodrigo Amador de los Ríos lo relaciona con Bib-Sahla, que equivale a puerta de la Campiña o de la Vega, de donde a su vez se derivó Bib-Sagra y Bisagra.

Como puerta que da a la comarca natural de la Sagra, se la menciona en los años 1009-1010 por los árabes y en 1171-1175 por los cristianos, con la ortografía de Bib-Sagra.

Y por último, Visagra se atribuye a la romanización del nombre dándole el sentido de Vía Sacra.

De la puerta árabe poco nos ha llegado. Únicamente el arco que se encuentra en el centro del cuerpo que da a la ciudad y, posiblemente, la estructura interior del mismo que tiene en su distribución una salida de codo característica de las construcciones de este pueblo.

Sufrió muchas reparaciones, característica general de las puertas toledanas que se conservan, no faltando, por supuesto, la que se hiciera dentro del plan de conservación llevado a cabo en tiempos de Felipe II por orden del corregidor Gutiérrez Tello. La más imponente de ellas, no obstante, fue la efectuada en tiempos de Carlos V, siendo D. Pedro de Córdoba “...*preclaro prefecto de la ciudad en el año del Señor de 1550*”, según reza en latín una placa situada en la misma; reparación y reforma que se encargó al arquitecto Covarrubias, lo mismo que las efectuadas en el Alcázar.

De esta obra data la estructura actual de la puerta, más ornamental que defensiva, ya que, si bien sus muros y torres son sólidos, muchos de sus elementos, como las almenas que coronan sus cubos, son de adorno.

Originariamente no tenía plaza de armas, siendo la parte posterior de la puerta la que desempeñaba estas funciones al no tener nunca carácter urbano y no haber en ella ni casas ni comercio alguno; al efectuar estas obras se rellenaron los terrenos circundantes y se formó la plaza interior que hoy conocemos.

La puerta actual está formada por dos grandes cuerpos: uno, el original árabe que da la ciudad, un edificio de dos plantas, soportando la segunda dos esbeltas torres rematadas por sendas pirámides cubiertas por azulejos blancos y verdes con las armas de Carlos V.

En la planta superior se encontraban las dependencias del alcaide que se abren al patio interior por medio de grandes balcones.

En la fachada de este cuerpo que mira a la ciudad, toda ella de granito, hay un gran escudo de Toledo construido en este mismo material. La interior tiene un arco de piedra almohadillado sobre cuya clave campean el escudo de Carlos V y la placa antes mencionada que conmemora la reparación de la puerta ordenada por dicho emperador.

El cuerpo exterior, separado del anterior por un gran patio, está formado por un arco de medio punto almohadillado que separa dos torres semicirculares de estilo renacimiento italiano. Encima del arco hay otro escudo con las armas del Emperador sobre el cual, y rematando la fachada, un frontis triangular en cuyo vértice superior se encuentra una estatua del ángel guardián de la ciudad a la que se atribuye la leyenda de la peste. En el interior de esta fachada hay una hornacina con la imagen de San Eugenio, primer arzobispo toledano, debida al cincel de Berruguete o de Monegro, ya que entre estos dos artistas se repartió la tarea de dotar de imágenes de santos a las puertas de la ciudad en las reparaciones de 1575.

Como puerta principal de la ciudad, fue y sigue siendo lugar de recibimiento de personajes por las autoridades locales. Así, entre los hechos más importantes de este tipo ocurridos ante ella, figura el juramento hecho por Felipe II de guardar sus privilegios, fueros y libertades, al entrar por primera vez como monarca el 26 de noviembre de 1559. El 17 del mismo mes, pero seis años más tarde, se traen a Toledo las reliquias de San Eugenio, que son llevadas desde Tavera a hombros del Rey, su hijo y varios nobles

españoles, quienes ante la puerta de Bisagra las entregan al Ayuntamiento en representación de la ciudad.

Como todas, tuvo también carácter recaudatorio; quizá ésta, junto con las de la plaza de Alcántara fue la que consiguió ingresos más saneados. En 1180 Alfonso VIII cedía a los freires de Santiago, para la redención de cautivos cristianos en poder de los moros, la mitad de la renta que producía la puerta que ascendía a 300 áureos o maravedís, siendo confirmada dicha donación en 1219 por el nieto del rey que la instituyó, Fernando III, debido a la precaria situación económica de dicha orden.

Puerta de Alfonso VI

Esta es otra de las puertas polémicas de Toledo, entre otras cosas por su proximidad a la puerta de Bisagra. Dicha polémica empieza a reflejarse en los nombres con que se la conoce: puerta de Bisagra antigua según unos y Antigua puerta de Bisagra según otros.

La explicación parece ser la siguiente: varios autores fijan su construcción en época de Carlos V, ya que de entonces es la mayor parte de su estructura. Pisa, entre otros, la denomina así “Nueva Puerta de Bisagra”, ya que la que nos ocupa es anterior a dicho emperador. Esta hipótesis ha permanecido más o menos en pie durante siglos, contribuyendo a rebatirla entre otras cosas el descubrimiento por González Simancas del arco árabe edificado en el centro del cuerpo que da a la ciudad.

Otro de los nombres antiguos con que se la conoció y que figura en documentos del siglo XV, es el de postigo de la Granja, debido a que da acceso al arrabal de Santiago llamado antiguamente también barrio de la Granja. Este postigo de la Granja, no obstante, lo sitúan algunas autores en otro lugar más o menos indeterminado, aunque en sus inmediaciones.

Si es posterior a los árabes, como lo indica la fecha en que de él se habla, tuvo que estar en la muralla árabe y no cabe otro lugar que el de esta puerta. Si alguien piensa que permitía el acceso por la muralla visigoda al barrio de la Granja, exterior a ella, no podría dar una explicación lógica a su emplazamiento, dado lo escarpado del terreno a los pies del muro Azor, lugar más próximo al barrio.

Por último citaremos el nombre con que se la conoce en la actualidad: puerta de Alfonso VI. Se debe a que, según la leyenda, fue por ella por donde entró este rey en Toledo cuando conquistó

la ciudad, entrada en que surgió el milagro del Cristo de la Luz y en que tuvo lugar la primera misa oída por el monarca en la ciudad conquistada, celebrada en acción de gracias en dicha ermita. No quisiéramos bajo ningún concepto estropear historias tan bonitas y tan arraigadas en el pueblo toledano, pero autores de renombrada solvencia como Menéndez Pidal, por un lado, y un poco de lógica y estrategia militar, de la cual no necesitó mucho el rey para entrar en Toledo, por otro, echan por tierra la idea de que Alfonso VI entrara por un portillo, ya que teniendo conquistada la ciudad y estando asentado con sus tropas en la Huerta del Rey, pudo hacer dos cosas: una, entrar como ejército invasor directamente al Al-Hizén cruzando el río por el puente del Alcántara, y otra, entrar con gran boato, al que tan aficionado era, vadeando el río y subiendo hasta la puerta principal de la ciudad, o sea, la puerta de Bisagra, haciendo su entrada por la misma, incluso sin tener necesidad de pasar por la de Balmardón, para dirigirse al Palacio, seguro final de su recorrido.

En las crónicas de D. Alvaro de Luna se narran los ataques y constrataques que tuvieron lugar ante esta zona Norte de las murallas toledanas durante la rebelión de Pedro Sarmiento, en la que también queda clara la existencia de la puerta de Bisagra, de un portillo llamado de la Granja en sus proximidades, y de la puerta del Cambrón. La que nos ocupa no debió pasar de portillo aunque su construcción fuera militar, lo cual se explica dado su emplazamiento en la zona de la muralla de más fácil acceso a la ciudad y, por tanto, la más batida en caso de un ataque.

La arquitectura actual de la puerta es árabe, tanto en su planta como su entrada en codo si se cierra el rastrillo como por sus arcos y alfiles. De la misma se pueden considerar dos partes: la inferior árabe, formada por un arco de herradura enjarjado que se dibuja dentro de un alfiz, entibado por un grueso dintel monolítico. A éste flanquean otros dos arcos ciegos apuntados, soportados sobre un basamento de sillares de granito de colocación y tamaños irregulares. La parte superior del alfiz que enmarca estos tres arcos es mudéjar, de mampostería y ladrillo, así como la distribución interior de la torre con su buarda y rastrillo.

Durante varios siglos estuvo tapiada, desde que se llevó a cabo en 1538 el adecentamiento de aquella zona con motivo de unas Cortes que hubo en Toledo, con objeto de tapar unas escombreras

allí existentes. La obra fue efectuada por el entonces alcalde de Toledo, el mariscal D. Pedro de Navarra, marqués de Cortés, de donde, por corrupción de la palabra mariscal, vino el nombre de paseo de Merchán, que data de aquellas obras. Se volvió a abrir y se restauró en 1905, dirigiendo los trabajos el toledanista y académico, además de extraordinario pintor, D. Ricardo Arredondo.

FUENTES BIBLIOGRAFICAS

- BENITO RUANO, Eloy. *Toledo en el siglo XV*. Madrid 1961.
- GONZALEZ PALENCIA, A. *Los mozárabes toledanos en los siglos XII y XIII*. Madrid 1926-1930.
- MENENDEZ PIDAL, Ramón *La España del Cid*. Madrid, quinta edic., 1956.
- PAVON MALDONADO, Basilio. *Arte Toledano, Islámico y Mudéjar*. Madrid 1973.
- PARRO, Sixto Ramón. *Toledo en la mano*. Edición Facsímil de la Ed. de 1857 prologada por la Srta. Esperanza Pedraza, I.P.I.E.T. 1978.
- PISA, Francisco de. *Descripción de la Imperial Ciudad de Toledo*. Edición facsímil de la segunda edic. de 1605, I.P.I.E.T.
- PORRES Y MARTIN-CLETO, Julio. *Historia de las calles de Toledo*. Toledo, 1971.
- REY PASTOR, Alfonso. *Bosquejo geomorfológico del peñón toledano*. BRABACH nº 36/37, 1928.
- ROMAN MARTINEZ, Pedro. *La verdadera Puerta de Visagra*. BRABACH nº 20/21, 1924.
- Observaciones acerca del recinto romano de Toledo y sus puertas*. BRABACH nº 36/37, 1928.
- Descubrimiento de una galería romana en la Puerta de Balmardón*. BRABACH nº 50/53, 1932.
- Los restos de construcción romana en el puente de Alcántara*. BRABACH nº 58, 1940-42.
- La muralla de Zocodover*. BRABACH nº 59, 1943-44.
- Ordenanzas Municipales Antiguas*. Prologadas por A. Martín Gamero. Edición 1958.

INDICE	Págs.
HISTORIA	5
OROGRAFIA DEL CERRO TOLEDANO	8
LAS MURALLAS DE TOLEDO	14
LA MURALLA ROMANA	14
LA MURALLA VISIGODA	22
LA MURALLA ARABE	25
LOS ACCESOS A TOLEDO	31
LOS PUENTES DE TOLEDO	32
LAS PUERTAS DE TOLEDO	38
FUENTES BIBLIOGRAFICAS	59

Manuel Carrero de Dios

Nació en Pinto (Madrid). Militar del cuerpo de Ayudantes de Armamento y Construcción. Pertenece a la junta directiva de la asociación cultural "Montes de Toledo". Aficionado a la fotografía, ha participado en varias exposiciones y recibido, por esta labor, diversos premios. Actualmente realiza un importante trabajo de restauración y rescate de la colección fotográfica de Casiano Alguacil en el archivo municipal de Toledo, y prepara una exposición sobre arquitectura popular toledana, tema sobre el que tiene acumulado un valioso material fotográfico.

COLABORACIONES EN TEMAS TOLEDANOS

Las propuestas de trabajos para su posible publicación en TEMAS TOLEDANOS, deberán cumplir las siguientes normas:

- 1.- Los originales deberán ser inéditos. Basta con enviar una copia (no fotocopia) pero se ruega a los autores que conserven ellos otra porque no se devolverán originales, salvo en el caso en que haya que hacer alguna modificación.
- 2.- Los originales irán escritos en papel blanco tamaño folio y mecanografiados a dos espacios. Habrá de respetarse un margen de tres centímetros por el lado izquierdo, de un centímetro por el lado derecho y de dos por los márgenes superior e inferior (para facilitar las equivalencias en tipos de imprenta).
- 3.- La extensión máxima de los trabajos será de 50 folios y la mínima de 35.
- 4.- Por el carácter divulgador de esta colección, no deben incluirse notas ni a pie de página ni al final del trabajo. Las referencias a las fuentes deben, pues, incorporarse al texto.
- 5.- Todos los folletos deben incluir, como apartado final una *Orientación bibliográfica y de fuentes documentales*, brevemente comentada. A fin de unificar criterios en el sistema de citas bibliográficas, se propone el siguiente esquema:
 - a) Libros: AUTOR (apellidos y nombre), TITULO (subrayado, no entrecorillado), CIUDAD, EDITORIAL, AÑO.
 - b) Revistas: AUTOR, TITULO (entrecorillado), REVISTA (subrayado), CIUDAD, TOMO, NUMERO, MES, AÑO.
- 6.- Cuando se incluyan dibujos, se realizarán en tinta china y en papel vegetal, con la referencia a lápiz del texto que ilustran. Es muy conveniente enviar sugerencias o motivos para ilustración.
- 7.- Se acompañará una breve *Nota biográfica* del autor o autores que no debe exceder en ningún caso de un folio.
- 8.- El consejo de Redacción de *Temas Toledanos*, que acusará recibo de los originales, se reserva el derecho de decidir la inclusión de los trabajos, así como el orden de publicación de los mismos.



Ultimos títulos publicados:

7. *Robos famosos perseguidos por la Santa Hermandad Vieja de Talavera*, por Clemente Palencia Flores.
8. *Los orígenes del ferrocarril toledano*, por Francisco Fernández González.
9. *Folklore toledano: Arquitectura*, por Antonio Sánchez-Horneros Gómez.
10. *Geología y minería de la provincia de Toledo*, por Francisco de Sales Córdoba.
11. *Toledo y las Comunidades de Castilla*, por Fernando Martínez Gil
12. *Panorama de una comarca: Los Montes de Toledo*, por V. Leblic y P. Tormo.
13. *Folklore toledano: Lírica*, por Juan Manuel Sánchez.
14. *Las murallas y las puertas de Toledo*, por Manuel Carrero de Dios.



De próxima publicación:

- *Toledo y los toledanos en las obras de Cervantes*, por Luis Moreno Nieto y Augusto Geysse.
- *Poetas toledanos vivos*, por Amador Palacios.

